

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Sujetos de cuidado



Escenarios y desafíos
en las experiencias juveniles

Pablo Francisco Di Leo
Martín Güelman
Sebastián Ezequiel Sustas



Grupo Editor Universitario



CLACSO

**PABLO FRANCISCO DI LEO
MARTÍN GÜELMAN
SEBASTIÁN EZEQUIEL SUSTAS**

Sujetos de cuidado

Escenarios y desafíos
en las experiencias juveniles



Di Leo, Pablo Francisco

Sujetos de cuidado : escenarios y desafíos en las experiencias juveniles / Pablo Francisco Di Leo ; Martín Güelman ; Sebastián Ezequiel Sustas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2018. 76 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1309-64-1

1. Ensayo Sociológico. 2. Juventud. I. Güelman, Martín II. Sustas, Sebastián Ezequiel III. Título
CDD 301

1ª edición: mayo de 2018

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

© 2018 by Grupo Editor Universitario

San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-64-1

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Introducción	7
CAPÍTULO 1. El grupo de amigos como soporte: consumos de drogas y cuidados en experiencias recreativas nocturnas	15
CAPÍTULO 2. El desafío de estar en pareja: tensiones entre imperativos y soportes afectivos	33
CAPÍTULO 3. <i>Acá puedo ser yo</i> : experiencias institucionales, agencias y cuidados	51
Conclusiones	65
Bibliografía.....	69

Introducción

La escasa efectividad que tienen muchas políticas e instituciones de salud y educativas en el abordaje de los vínculos entre las y los jóvenes y distintas problemáticas de salud –como VIH/sida, consumos problemáticos de drogas o violencias– tiene como una de sus causas principales la tensión entre dos elementos: por un lado, los saberes y prácticas disciplinarias y moralizadoras de las instituciones y el mundo adulto; por el otro, la pluralidad de contextos y experiencias juveniles. El uso unilateral e individualista de conceptos como “factores de riesgo” o “grupos de riesgo”, la despreocupación por los que no encuadran en ellos y la culpabilización de los individuos que sufren dichos problemas por, supuestamente, “adoptar comportamientos de riesgo”, han generado barreras epistemológicas, morales, generacionales, culturales y políticas entre las instituciones y las y los jóvenes. Asimismo, al aplicárselos a esta población contribuyen a los procesos de *negación y negativización de las juventudes*: se les niega la existencia como sujetos totales (en transición, incompletos) y se negativizan sus prácticas (juventud-problema, juventud-gris, joven-desviado, rebelde, marginal, delincuente, etc.) (Ayres, França Júnior, Junqueira Calazans y Saletti Filho, 2008; Chaves, 2010).

Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo XX vienen desarrollándose abordajes analíticos y prácticos desde las ciencias sociales y la salud colectiva, dirigidos hacia una redefinición de los procesos de salud-enfermedad-atención-cuidados y a trabajar en la vinculación de éstos con aspectos estructurales, institucionales y subjetivos. Este paradigma retoma una concepción dialéctica de las identidades, poniendo en el centro del cuidado integral su dimensión ético-política. Se propicia así la redefinición de los vínculos entre las instituciones y las intervenciones sociales con las y los jóvenes, poniendo en el centro sus experien-

cias, proyectos de felicidad y formas de reconocimiento (Pinheiro, 2007; Ayres, França Júnior, Junqueira Calazans y Saletti Filho, 2008; Spinelli, 2008; Di Leo, 2009a; Ayres, Paiva y Buchalla, 2012; Di Leo y Pinheiro, 2017).

Las y los jóvenes enfrentan en sus biografías múltiples desafíos y despliegan diversas formas de cuidado y, en ese proceso, se van produciendo como sujetos. Podemos pensar a las juventudes a partir de la noción de *generación*, la cual alude a aquellos aspectos socio-históricos que delimitan marcos comunes de socialización, como así también a la capacidad de los actores para la comprensión e identificación de una serie de desafíos comunes que se les presentan en un momento histórico dado (Vommaro, 2015).

En este libro abordamos los vínculos entre las experiencias y los cuidados de jóvenes en tres grandes escenarios de sus vidas: los espacios de sociabilidad nocturna, los vínculos afectivos y las instituciones que propician el ejercicio de sus derechos y en las que eligen participar. En este marco, nos preguntamos: ¿cuáles son las principales *pruebas* y vulnerabilidades que enfrentan en estos escenarios?, ¿qué tipos de *soportes* ponen en juego frente a estos desafíos?, ¿qué concepciones e ideales en torno a sí mismos y los otros se generan en sus prácticas de cuidado?, ¿en qué medida dichas prácticas reproducen o se alejan de discursos, saberes y mandatos del mundo adulto?, ¿qué formas de agencia y de reconocimiento emergen de estas prácticas?

A continuación, sintetizamos las principales herramientas conceptuales con las que buscamos responder a estas preguntas. Luego, presentamos los marcos institucionales de nuestros proyectos y las estrategias metodológicas que empleamos en los estudios que originaron los resultados que aquí recogemos. Finalmente, reseñamos la manera en que está organizado el libro.

Vulnerabilidad, reconocimiento y experiencias juveniles

Retomando la reconceptualización elaborada desde el campo de la salud colectiva, varios autores y autoras han resaltado el potencial de la categoría de *vulnerabilidad* para el análisis de los vínculos entre jóvenes y salud. Esta noción permite visibilizar a grupos o individuos que

atravesan instancias de fragilización social, política o jurídica. Este concepto nos permite abordar el carácter dinámico, complejo y relacional de dichas instancias (Ayres, Calazans y Saletti Filho, 2003; Ayres, Paiva y Buchalla, 2012). También recuperamos los aportes de François Delor y Michel Hubert (2000), quienes proponen desplazar el eje en los estudios sobre vulnerabilidad desde los *estados* hacia los *procesos*. Desarrollan un esquema analítico con tres niveles interrelacionados en los que se despliegan los procesos de vulnerabilidad en las biografías de los sujetos: *individual, vincular, socio-institucional o programático*.

En sus trayectorias individuales, las y los jóvenes atraviesan por diferentes fases vitales, donde sus propias prácticas y elecciones en relación con los otros son fundamentales para comprender ciertos riesgos a ellas asociados. Por ejemplo, sus grados de exposición a la transmisión del VIH/sida u otras Infecciones de Transmisión Sexual (ITS) deben comprenderse a partir de sus imágenes de futuro y sus proyectos personales en torno al amor y la formación de pareja (Paiva *et al.*, 2011; Sustas, 2016).

Desde la dimensión vincular se entiende que las prácticas de riesgo se enmarcan en los encuentros, no necesariamente cara a cara de, al menos, dos sujetos que actúan en función de sus experiencias anteriores, las posiciones que ocupan en la interacción y el tipo de relación que establecen entre sí. En este sentido, el uso de métodos anticonceptivos y la exposición a riesgos asociadas a su no utilización se encuentran mediados por la presencia o ausencia de relaciones de confianza y por las simetrías o asimetrías de poder presentes en los vínculos afectivos (Villa, 2007; Kornblit y Sustas, 2014).

Desde la dimensión socio-institucional o programática se busca dar cuenta de las diversas maneras en que las normas e instituciones sociales, políticas y culturales van condicionando y mediando las prácticas y relaciones entre individuos, suministrándoles o negándoles el acceso a determinados recursos y capitales y, por ende, afectando sus niveles de exposición a situaciones de riesgo. Si bien la presencia de marcos legales en torno a los derechos sexuales y (no) reproductivos propician transformaciones institucionales, por ejemplo, en la incorporación de la educación sexual integral en las escuelas, la mismas no siempre se efectivizan, provocando desigualdades que inciden en las oportunidades de acceso de las y los jóvenes a saberes y recursos para la preven-

ción de riesgos y el despliegue de prácticas de cuidado (Morgade, 2011; Jones, Figari y Barrón López, 2012; Baez y González del Cerro, 2015).

La articulación de las tres dimensiones en un esquema analítico permite visualizar que la exposición a situaciones de riesgo sufre transformaciones constantes. Los tres niveles de los procesos de vulnerabilidad deben enmarcarse en la dinámica de construcción de la identidad individual en una permanente tensión entre dos polos: por un lado, la promesa y necesidad de reconocimiento, es decir, de ser considerado y tomado como un miembro pleno de una comunidad social y política; por otro lado, el deseo y necesidad de ser único tanto para sí mismo como para los otros (Delor y Hubert, 2000; Martuccelli, 2007).

Aquí esta perspectiva retoma los análisis de Axel Honneth (1997) sobre los procesos de subjetivación en el actual contexto de la modernidad. En dichos procesos se articulan tres grandes formas de *reconocimiento*, que se presentan de manera combinada y cuya negación moviliza a los sujetos –individuales y colectivos– a luchar en diversas esferas de sus vidas cotidianas. Durante los últimos años fuimos retomando esta propuesta conceptual para el análisis de las experiencias y los procesos de subjetivación, de vulnerabilidad y de cuidado de las y los jóvenes en instituciones educativas y otros espacios de sociabilidad en barrios populares (Di Leo, 2008; 2010; Di Leo y Camarotti, 2013; 2015; Di Leo y Pinheiro, 2017).

Por un lado, el reconocimiento *afectivo o amor* está en la base de los procesos de subjetivación y de constitución de la *seguridad ontológica o autoconfianza*. Su negación extrema se pone de manifiesto en la humillación física, la tortura o la violación, que privan al sujeto de su autonomía en su relación consigo mismo, destruyendo su confianza básica en sí mismo, los otros y su mundo social. Por ejemplo, en sus relatos biográficos algunos jóvenes narran situaciones de violencia –vivas especialmente durante su infancia o adolescencia–, generadas por distintos familiares cercanos. Las principales formas en las que se corporizan estas violencias –en general, de manera combinada– son: abandonos, violencias físicas, abusos sexuales y/o privaciones de necesidades básicas (Di Leo, 2013).

Por otro lado, en el plano *jurídico-moral*, los individuos luchan por ser considerados titulares de los mismos derechos y estatus moral que los demás, construyendo así su *autorrespeto*. Cuando son privados de derechos o excluidos socialmente, los sujetos sienten que se les niega

el status de integrantes plenos de su comunidad: experimentan la *injusticia*, el *autoritarismo* o la *falta de respeto*. A modo de ejemplo, las y los estudiantes de escuelas secundarias públicas señalan a muchos adultos como generadores de violencias en contextos escolares y en otros espacios sociales. Estas percepciones del menosprecio de los agentes escolares movilizan a muchos estudiantes a luchar –mediante diversos tipos de tácticas simbólicas o materiales– para ser reconocidos como sujetos en el plano jurídico-moral (Di Leo, 2008; Paulín, 2015).

En tercer lugar, en el plano *ético-social o solidaridad*, sintiéndose socialmente valorados en sus particularidades, sus capacidades, sus formas de ser, sus *ethos*, los sujetos pueden construir su *autoestima*. Su negación se manifiesta en las sanciones y discursos que valoran negativamente ciertas prácticas o formas de vida, definiéndolas como “ilegítimas” o “socialmente peligrosas”. Las y los jóvenes que viven en barrios populares relatan distintas experiencias de estigmatización, vividas especialmente cuando atraviesan espacios públicos fuera de sus barrios. Muchas de estas situaciones se originan por cuestiones étnicas, estéticas o de indumentaria. A su vez, el “mirar mal” ocupa un lugar central en sus espacios de sociabilidad, siendo considerada por ellos como una violencia en sí misma y, al mismo tiempo, como un desencadenante de conflictos interpersonales (Di Leo, 2013).

Estas formas de negación del reconocimiento, menosprecio o invisibilidad social, en distintos momentos de las biografías y en diversos contextos vinculares y socio-institucionales, impiden o dificultan a los sujetos la construcción de su autoconfianza, autorrespeto y autoestima. Estas experiencias obturan sus procesos de subjetivación y autorrealización generando situaciones no deseadas que los exponen a distintos tipos de vulnerabilidades –corporales, afectivas y simbólicas– que fragilizan sus vidas (Ayres, 2011; Assy, 2012).

¿Por qué sujetos de cuidado?

Ágnes Heller (2011) propone un recorrido en torno a la redefinición del concepto de *cuidado* durante el siglo XX, a partir de dos grandes tradiciones filosóficas. En primer lugar, Martin Heidegger en *Ser y Tiempo* (1977) señala el carácter dual del cuidado. Por un lado, los sujetos estamos arrojados en un mundo en el que dependemos de y nos confron-

tamos con otros. Somos dependientes emocionalmente de las personas que cuidan de nosotros, sin las cuales no podemos sobrevivir o crecer. Dependemos también de un mundo de reglas, cosas e instituciones sociales que nos preexiste y que debemos aprender a manejar para poder actuar. Por otro lado, el cuidado puede ser entendido como *cuidado de sí mismo*, en un sentido que contempla vivir al máximo de nuestras posibilidades, lo que implica devenir una auténtica y libre individualidad. El cuidado de uno mismo no anula el cuidado de los otros, ya que el vivir al máximo de nuestras posibilidades no nos exime frente a nuestras tareas para con los otros (Ayes, 2011).

En segundo lugar, Michel Foucault en el tercer tomo de *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí* (2012), se remonta a la época clásica para dar cuenta del concepto de cuidado, como *cuidado de uno mismo*. Éste implica el establecimiento de ciertas fronteras o límites para manejarse a uno mismo, generando reglas de conducta de vida, más personales que normativas. Significa la práctica de la introspección, estar involucrado en un ejercicio espiritual para aprender a conocerse mejor. En este sentido, según Joan C. Tronto (1994, citado en Sánchez Antelo y Mendes Diz, 2015: 359), la noción de cuidados refiere a las:

(...) actividades que comprenden todo lo que hacemos para mantener, dar continuidad y reparar nuestro 'mundo' para vivir de la mejor forma posible. Donde 'mundo' incluye nuestros cuerpos, [a nosotros y a] nosotras mismas y nuestro entorno, todo lo que buscamos entretejer en una compleja red de soporte vital.

Siguiendo los lineamientos de la salud colectiva, concebimos a las prácticas de cuidado cómo los diversos tipos de sabidurías prácticas y acciones dialógicas cotidianas de los individuos y grupos sociales, y no meramente cómo las normatividades técnicas validadas por los saberes y poderes biomédicos hegemónicos (Pinheiro, 2007). Comprender al cuidado como algo que trasciende las intervenciones institucionales, implica reconocer el carácter activo de los sujetos para accionar sobre sus vidas y "reparar su mundo". En su búsqueda por construir sus posiciones morales, éticas y políticas, las y los jóvenes se apropian de las intervenciones y los saberes institucionales y, en múltiples oportunidades, los resignifican de manera novedosa sin limitarse a reproducir el contexto original en que fueron pensados. En este sentido, las y los

jóvenes no son meros *objetos de cuidado*, ni deben ser pensados exclusivamente desde las lógicas del disciplinamiento y la socialización. No constituyen una población-objetivo cuyas características los harían meros receptores de dichas prácticas institucionales. Por el contrario, se erigen como verdaderos *sujetos de cuidado* que despliegan, en un mundo al que “son arrojados”, es decir, que no eligen o eligen parcialmente, acciones destinadas a construir y reparar ese mundo y, en ese proceso, se constituyen como individuos. Por último, las y los jóvenes, individual y colectivamente son, muchas veces, quienes despliegan prácticas de cuidado de sí mismos y de los otros. Pese a su preeminencia en la vida cotidiana, estas estrategias han quedado relegadas a un segundo plano, invisibilizadas y subsumidas a las concepciones y prácticas de cuidado sancionadas desde las instituciones, los saberes disciplinares y el mundo adulto (Sánchez Antelo y Mendes Diz, 2015).

En este libro buscamos aportar a la visibilización de las y los jóvenes como sujetos de cuidado a partir del despliegue de sus agencias y cuidados en tres grandes ámbitos de sus vidas: los espacios de sociabilidad nocturnos, los vínculos afectivos y las instituciones que propician el ejercicio de sus derechos.

Las investigaciones y el libro

Aquí presentamos resultados de investigaciones desarrolladas desde 2010 hasta la actualidad en el marco de diversos proyectos que fueron posibles gracias al financiamiento de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y el Ministerio de Salud de la Nación de Argentina. La sede de todos los proyectos fue el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. En estos proyectos de investigación buscamos analizar las vinculaciones entre los procesos de individuación, las vulnerabilidades y las prácticas de cuidado en las experiencias sociales de jóvenes en barrios populares y de sectores medios del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Para responder a los objetivos, empleamos diversas herramientas y técnicas metodológicas cualitativas: entrevistas semi-estructuradas, relatos biográficos, grupos focales y observaciones participantes.

Durante estas investigaciones conformamos un equipo interdisciplinario, que participó en las diversas instancias de los trabajos de campo y el análisis de los datos construidos y, por eso, en gran medida, las siguientes personas están presentes en este libro: Ana Josefina Arias, Pablo Daniel Borda, Ana Clara Camarotti, Alejandro José Capriati, Victoria Farina, Laura Fox, Gustavo Javier Galli, Mariela Giacomponello, Natalia Laura González, Ana Lía Kornblit, Agustina Lejarraga, Romina Ramírez, Silvia Alejandra Tapia, María Cecilia Touris, Paula Andrea Trillo, María Soledad Vázquez y Alejandro Marcelo Villa. Agradecemos a cada una de ellas y ellos, a los organismos que financiaron y fueron sede de nuestros proyectos y, especialmente, a las y los jóvenes que compartieron con nosotros sus mundos y sus formas de recrearlos. Sin todos sus valiosos aportes, reflexiones y soportes, este libro no hubiera sido posible.

Además de esta Introducción, el libro se compone de tres capítulos y las conclusiones. En el *Capítulo 1*, analizamos los procesos de vulnerabilidad y las prácticas de cuidado de las y los jóvenes en torno a los consumos problemáticos de drogas legales e ilegalizadas en espacios recreativos nocturnos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En el *Capítulo 2*, abordamos las experiencias afectivas juveniles, sus desafíos comunes y los soportes a los que recurren para afrontar dichas pruebas, indagando su vinculación con sus prácticas y concepciones de cuidado. En el *Capítulo 3*, analizamos las experiencias de las y los jóvenes en instituciones y organizaciones sociales en barrios populares del AMBA, que propician el ejercicio de sus derechos y en las que eligen participar. En particular, nos centramos en sus procesos de subjetivación, sus narrativas del yo y la articulación entre sus agencias y sus prácticas de cuidado.

El grupo de amigos como soporte: consumos de drogas y cuidados en experiencias recreativas nocturnas

En este capítulo analizamos los procesos de vulnerabilidad y las prácticas de cuidado de jóvenes de sectores populares y medios en relación al consumo de bebidas alcohólicas y drogas ilegalizadas en espacios recreativos nocturnos. Partimos de los siguientes interrogantes: ¿qué lugar ocupan los consumos de drogas en las experiencias recreativas nocturnas de las y los jóvenes?¹, ¿de qué manera se vinculan dichos consumos con situaciones de vulnerabilidad?, ¿qué formas de cuidado desarrollan para mitigar dichas vulnerabilidades?

En el marco de un estudio cualitativo, llevamos a cabo siete grupos focales con grupos preexistentes de amigos/as. Optamos por este recorte porque ello nos permite indagar sobre prácticas de cuidado en relación al consumo de drogas a través de sucesos realmente acaecidos y de experiencias efectivamente vivenciadas por las y los jóvenes en los espacios recreativos nocturnos a los que asisten. Buscamos construir una muestra heterogénea, para captar la mayor diversidad posible en los patrones de consumo de drogas y en las experiencias recreativas juveniles.

El capítulo se estructura de la siguiente manera. En primer lugar, describimos los patrones en las experiencias recreativas y los consumos de drogas de quienes participaron de los grupos focales. En las secciones

1. Cuando utilizamos el término *drogas*, hacemos referencia tanto a las sustancias legales como a las ilegalizadas.

siguientes, presentamos nuestro análisis en torno a cinco categorías: consumo excesivo y vulnerabilidad en diversos escenarios recreativos; la búsqueda de “lugares amigables”; “aprendimos a manejarnos”; “nos cuidamos entre todos”; y previsión total. Finalmente, recapitulamos los principales hallazgos y proponemos algunas reflexiones en relación a la idea de que el grupo de amigos resulta para las y los jóvenes un lugar protector y constituye el ámbito primario de resolución de conflictos en las salidas nocturnas.

Patrones en las experiencias recreativas y en los consumos de drogas

A partir del análisis de los grupos focales, encontramos que las prácticas de consumo de drogas no son patrimonio exclusivo de un sector social ni se restringen a espacios recreativos localizados en uno u otro tipo de barrio. Tampoco resulta posible sostener que los niveles de consumo sean mayores entre jóvenes que residan en un tipo de barrio determinado o pertenezcan a cierto sector socioeconómico. Los participantes que manifiestan consumir drogas con relativa frecuencia en sus salidas nocturnas residen tanto en barrios populares [grupo (G) 7] como en barrios de sectores medios (G1, G3 y G5) y medios-bajos (G4). La mayor presencia de los consumos de drogas en las salidas nocturnas se observa tanto en un grupo de jóvenes de sectores medios (G5) como en uno cuyos integrantes residen en barrios populares (G7). Por su parte, quienes expresan que ni las drogas ilegalizadas ni las bebidas alcohólicas son componentes que caractericen a sus salidas habitan tanto en barrios de sectores medios como en una villa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) (G2 y G6, respectivamente). Identificamos cuatro patrones fundamentales en torno a los consumos de drogas en salidas recreativas nocturnas.

En primer lugar, el consumo frecuente de bebidas alcohólicas y marihuana y el uso esporádico de ácido lisérgico (LSD) (G1, G3 y G4). Las y los jóvenes que integraron estos tres grupos suelen asistir a bares y centros culturales en barrios de sectores medios y, con menor asiduidad, a boliches de concurrencia masiva. Las bebidas alcohólicas y la marihuana son significados como *ingredientes infaltables* de sus salidas nocturnas (Mendes Diz, Di Leo, Schwarz, Adaszko y Camarotti, 2010).

A diferencia de esas dos sustancias, cuyo uso es considerado un hábito de sus experiencias recreativas nocturnas, el LSD no es consumido por las y los jóvenes al interior de los espacios de sociabilidad a los que asisten, ya que consideran que estos ámbitos resultan inadecuados en función del carácter alucinógeno de dicha droga. El uso de LSD reviste para ellos un carácter celebratorio y suelen utilizarlo unas pocas veces por año, siempre fuera de su cotidianidad temporal (fines de semana, vacaciones, fiesta de año nuevo) y geográfica (en zonas alejadas de los grandes centros urbanos, especialmente en lugares abiertos, espacios verdes o entornos naturales).

Un segundo patrón está conformado por quienes expresan que ni las drogas ilegalizadas ni las bebidas alcohólicas son componentes característicos de sus salidas nocturnas (G2 y G6). La ingesta de alcohol tiene para estos jóvenes una connotación similar a la que describíamos respecto del LSD en el primer patrón: suele restringirse a circunstancias especiales, como el festejo de un cumpleaños de un amigo cercano o a períodos vacacionales en los que no se encuentran en sus hogares. Las experiencias recreativas que les resultan más atractivas a quienes integran estos dos grupos son las reuniones y las “jodas” (fiestas) en casas de amigos/as, familiares y la asistencia al cine.

El tercer patrón se corresponde con el consumo intensivo de marihuana y alcohol —en ocasiones combinado con psicofármacos—, el uso frecuente de cocaína y la ingesta esporádica de LSD. En este patrón, ubicamos al G7, cuyos miembros residen en una villa de la CABA. Sus salidas recreativas nocturnas consisten, fundamentalmente, en la asistencia a “bailantas” (boliches bailables donde predomina la música tropical) en barrios populares, boliches en barrios céntricos y “jodas” o fiestas en casas de amigos/as al interior de la propia villa donde residen. Los jóvenes de este grupo manifestaron tener prácticas de consumo de drogas más heterogéneas, asiduas e intensivas que las del resto de los participantes. A diferencia de otros grupos en los que la cocaína era la sustancia que trazaba una frontera que no podía cruzarse, en el G7 ésta es un ingrediente habitual de sus experiencias recreativas. Para los jóvenes de este grupo, la sustancia que marca el límite es la *pasta base/paco*.²

2. La pasta base/paco es una variante de cocaína fumable que se alcanza en el paso intermedio del procesamiento químico necesario para extraer el alcaloide cocaína hasta obtener clorhidrato.

Por último, un cuarto patrón en las prácticas de consumo de drogas está representado por el uso habitual y casi exclusivo de drogas de *diseño o sintéticas* (fundamentalmente *éxtasis*).³ Este consumo se produce siempre en compañía de otras personas y únicamente al interior de espacios recreativos nocturnos, específicamente fiestas electrónicas. En este patrón situamos a las y los jóvenes del G5, grupo que afirmó que sus experiencias de sociabilidad nocturna se restringen, prácticamente, a la concurrencia a dicho tipo de fiestas.

Un emergente interesante en todos los grupos fue la consideración de que el consumo de tabaco está escasamente problematizado, pese a que, a su entender, el cigarrillo puede ser tanto o más nocivo y adictivo que la marihuana:

Gabriel (G) (Grupo 1): Lo más peligroso de este grupo es el pucho, es el cigarrillo. Que es la droga más *heavy* que consumimos.

Jeremías (J): Y que lo hacemos mucho

G: Y que lo hacemos entre todos y que es una cosa que “Bueno, vos fumás, yo también y bueno, a mí también me pintó [me dieron ganas]”.

J: Tenemos un entorno que por suerte no está la cocaína, pero tiene la contraparte de que se fuma muchísimo cigarro y es muy difícil estar en el entorno y no fumar. Para mí, que quiero dejar de fumar, con ellos se me va a hacer imposible.

Consumo excesivo y vulnerabilidad en diversos escenarios recreativos

A través del relato de sus propias experiencias, las y los jóvenes que participaron de la investigación –con independencia del tipo de barrio en que residieran y en que se encontraran los espacios de sociabilidad a los que asisten– sostienen que el consumo excesivo de drogas en las salidas nocturnas aumenta la vulnerabilidad frente a un cúmulo de situaciones negativas.⁴ Para el análisis de situaciones en las que puede existir un uso problemático, abusivo o excesivo no empleamos un crite-

3. Éxtasis es el nombre con el que se denomina a la sustancia estimulante sintética cuyo componente principal es el MDMA.

4. Las categorías *consumo problemático*, *consumo abusivo* y *consumo excesivo* son utilizadas como sinónimos en este capítulo.

rio basado, por ejemplo, en el volumen de alcohol o la cantidad de dosis de drogas ilegalizadas ingeridas en un período de tiempo determinado. Por el contrario, nos centramos en la propia interpretación de las y los jóvenes respecto de aquellos episodios en los que consideran que se excedieron en el consumo o, como muchos expresan, “se la pusieron en la pera”.

La vulnerabilidad que se deriva de este consumo excesivo resulta diferencial según el ámbito en que el mismo se produzca. A este respecto, los participantes establecieron una distinción taxativa entre los riesgos del consumo problemático en casas y en espacios recreativos nocturnos, en particular en boliches. Los hogares (propios, de amigos/as, de conocidos/as) brindan siempre una mayor seguridad dado que la ocurrencia de un consumo problemático en estos ámbitos reviste menor gravedad que en un bar o boliche. Ello se debe a que existe la posibilidad de quedarse a dormir allí; nadie debe encargarse de llevarlos hasta su casa o procurar que arriben sin inconvenientes; y se libran de la posibilidad de ser víctimas de situaciones de violencia, robos o hurtos. La vulnerabilidad, que para las y los jóvenes resulta inherente al uso excesivo de drogas, se incrementa en forma significativa cuando tiene lugar en espacios recreativos nocturnos de concurrencia masiva, tales como boliches y cierto tipo de bares. En virtud de ello, cuando asisten a estos lugares procuran moderar el consumo y llevan a cabo una serie de recaudos.

Entre las múltiples situaciones negativas a las que los expone el uso problemático de drogas en los espacios de sociabilidad mencionados, las y los jóvenes –especialmente quienes asisten a bares y boliches en barrios populares– dan cuenta, en primer lugar, del aumento en las posibilidades de ser agredidos o verse implicados en situaciones de violencia. En segundo lugar, la vulnerabilidad se agrava sensiblemente dado que, con frecuencia, las personas que se encuentran inconscientes o dormidas como consecuencia de un consumo excesivo son retiradas del lugar por empleados de seguridad de estos espacios, en particular boliches, quienes buscan, así, desligar de responsabilidad al establecimiento. Esta situación atenta contra las posibilidades de que los integrantes del grupo con quienes dicha persona compartía la salida nocturna acudan en su ayuda, o bien, retarda la atención que ésta pudiera recibir.

Por último, una problemática referida exclusivamente por mujeres fue el acoso o abuso sexual. Las participantes expresaron que estas

situaciones son muy frecuentes en los boliches de concurrencia masiva: “Siendo mujer, ir a un boliche significa que un tipo te pueda agarrar el brazo, pueda tocarte. Sin la más mínima inhibición, va y te agarra” (Carmen, G3). La extensión del abuso y acoso sexual en boliches y la consideración de que el uso excesivo de drogas las expone a una mayor vulnerabilidad frente a este tipo de situaciones es otro de los motivos por el que las mujeres procuran reducir el consumo en estos espacios recreativos. Algunas participantes explican que, en ocasiones, el abuso o acoso es perpetrado por varones que, al constatar que ellas se encuentran padeciendo efectos adversos del consumo problemático, se ofrecen a ayudarlas pero no persiguen un interés genuino. Ante la posibilidad de ocurrencia de estos hechos, algunas de las mujeres manifiestan sentirse más protegidas cuando el grupo con el que comparten la salida nocturna está integrado también por varones.

La existencia (o no) de enfermería al interior de los boliches dio lugar, durante la realización del cuarto grupo focal, a una discusión que trascendió las fronteras estrictas del tema central y permitió reconstruir las significaciones de las y los jóvenes acerca de una de las principales preguntas-problema de la investigación: qué hecho es considerado una situación de emergencia en un espacio recreativo nocturno. Para Cristian, muchos boliches, en particular los de la CABA, tienen enfermería que reciben a quienes requieren atención médica. Sin negar su existencia, Leandro afirma que muchas veces las enfermería no son utilizadas, o bien, la posibilidad de recibir atención se encuentra fuertemente condicionada por la voluntad de brindar asistencia de quienes están a cargo de las mismas. Por su parte, Uriel considera que cuando se encuentran activas sólo atienden casos de emergencia “como cuando alguien se rompe la cabeza” (en sentido traumatológico y no en el sentido figurado que podría asociarse al consumo excesivo de drogas) o “se corta [de forma involuntaria] con un vaso de vidrio”. Algunas consecuencias directas del consumo de drogas (náuseas, vómitos, mareos, bajones de presión, pérdida de conciencia, etc.) no parecen constituir, para las y los jóvenes participantes de la mayoría de los grupos, situaciones de emergencia del mismo tenor que los golpes o lastimaduras, que pueden ser efectos indirectos del consumo de sustancias. De las significaciones de quienes residen en barrios populares y poseen prácticas intensivas de consumo de cocaína y bebidas alcohólicas combinadas, en ocasiones, con psicofármacos, se desprende una mayor preocupación por los

potenciales efectos de estos consumos sobre “la vida” (problemas familiares y de pareja, pérdida de un empleo, etc.) y las posibles situaciones de violencia o los conflictos con las fuerzas de seguridad asociados a la tenencia y uso de drogas.

La búsqueda de “lugares amigables”

A partir de la consideración de la vulnerabilidad diferencial según el ámbito en que tenga lugar el consumo problemático, algunos grupos expresan que, a la hora de definir sus salidas nocturnas buscan espacios recreativos que puedan equipararse a casas, lugares en los que se sienten protegidos o cuidados y consideran “amigables”. En estos lugares, las y los jóvenes se sienten más “amigos que clientes”. Para ellos, los dueños, responsables y empleados de estos establecimientos no tratan a las personas que allí asisten de la forma en que se trata a los concurrentes de los boliches; lugares donde la única lógica que imperaría es la mercantil. En contraposición, entienden que los propietarios de los espacios a los que asisten con frecuencia no son “mercenarios, tipos a los que no les importa nada, que ni se preocupan si uno está muy mal”. La posibilidad de contar con la ayuda de estas personas ante cualquier problema que se suscite hace que las y los jóvenes del G1 se definan a sí mismos como “borrachos inteligentes”. El término “borrachos” no es utilizado con un cariz peyorativo ni procura designar a quienes detentan un consumo problemático de bebidas alcohólicas. Por el contrario, lo emplean para dar cuenta de su condición de bebedores ocasionales en instancias de sociabilidad que han “aprendido a manejarse” para evitar situaciones críticas.

Las y los jóvenes que asisten frecuentemente a fiestas electrónicas afirman sentirse menos vulnerables y más protegidos en lo que denominan “fechas” que en eventos masivos. Mientras que las “masivas” —que tienen en “Creamfields” su representación más acabada— son fiestas que albergan múltiples estilos de música electrónica y cuentan con carpas en las que se presentan una gran cantidad de DJs (*disc jockeys*), las “fechas” son eventos a los que concurre menos público, en las que predomina un subgénero musical y en las que toca un único (o unos pocos) DJs. Las fiestas masivas no serían lugares amigables, en virtud de que a ellas asiste una gran cantidad de público que no forma parte de

“la movida” y cuyos intereses para concurrir carecerían de legitimidad: únicamente para drogarse; porque está de moda; para robar; o para generar situaciones de violencia. Las características que fueron asumiendo las fiestas masivas forzaron a las y los jóvenes a ser más selectivos, priorizando la concurrencia a aquellos lugares donde “conocen a todo el mundo” y en los que se vivencia un espíritu más comunitario (Camarotti, 2014; 2015). Las significaciones de estos jóvenes exhiben un sentimiento de nostalgia ante la difuminación de las características básicas que asumían las fiestas electrónicas en “su época”, es decir, en un pasado reciente del que no ofrecen una referencia temporal precisa.

“Aprendimos a manejarnos”

Sin excepción, las y los jóvenes que participaron del estudio señalan que, con el paso del tiempo, fueron adquiriendo más y mejores herramientas para prevenir el consumo problemático de drogas, o bien, para atenuar sus consecuencias negativas cuando se producen. Pese a que no lo expresan con estos términos, sienten que han ido logrando una *expertise* en relación a una multiplicidad de aspectos asociados a las salidas nocturnas.

Tal como señala Eduardo Menéndez (2003), los recursos y conocimientos que los sujetos y grupos sociales van adquiriendo y desarrollando dan lugar a diversos *modelos de atención*, los cuales no sólo refieren a actividades de tipo biomédico, sino a todas aquellas prácticas orientadas a prevenir, dar tratamiento, controlar, mitigar las consecuencias negativas y/o curar un padecimiento determinado.

Las referencias a las distintas esferas que abarca este proceso de adquisición y perfeccionamiento de herramientas resulta inescindible de la marcación de una brecha generacional de carácter dual. Primeramente, conciben que su capacidad de percibir situaciones potenciales de vulnerabilidad vinculadas al consumo de drogas en sus salidas nocturnas y de desarrollar prácticas de cuidado orientadas a prevenir o mitigar sus efectos negativos en nada se asemeja a la de su adolescencia. Por el contrario, sienten que en la actualidad se encuentran en una etapa en la que la inexperiencia que vivenciaban algunos años antes ha quedado definitivamente superada. En segundo lugar, los participantes establecen otra brecha generacional, al señalar que la madurez con que se

“manejan” y las prácticas de cuidado que fueron aprendiendo e incorporando con el paso del tiempo no se observan en adolescentes y jóvenes de los que los separan unos pocos años. Mientras que algunos postulan que estas personas hacen lo que ellos hacían a esa edad y ahora dejaron de hacer, otros sostienen que “los pibes están ahora más fisura”: a diferencia de lo que ocurría en “su época”—a la que aluden en términos nostálgicos— estos sujetos consumen dosis mayores y, en virtud de ello, enfrentan consecuencias más graves para su salud. Cabe destacar que este tipo de reflexiones convive con la crítica que realizan a aquellos discursos adultocéntricos que estigmatizan las prácticas juveniles de sociabilidad por considerarlas “riesgosas y descontroladas”.

Las y los jóvenes dan cuenta de una mayor capacidad para identificar con claridad cuánto alcohol pueden consumir sin “quebrar”, es decir, cuál es su límite y tolerancia. Sin embargo, algunos participantes relativizan esta habilidad al afirmar que con el correr de los años no sólo adquirieron la capacidad de percibir el límite a partir del cual la ingesta de drogas deviene excesiva, sino que su organismo fue alcanzando una mayor resistencia. El desarrollo de esta *expertise* no sólo se relaciona con un aprendizaje sino también con una maduración o con el hastío o aburrimiento respecto del tipo de salidas nocturnas que realizaban hace algunos años y las prácticas de consumo que tenían lugar en el marco de ellas. De esta forma, resaltan que “consumo excesivo” y “disfrute” fueron convirtiéndose en antónimos con el paso del tiempo.

Aquellos jóvenes que suelen concurrir a los espacios recreativos nocturnos (y retornar a sus hogares) conduciendo sus propios automóviles, señalan que el conocimiento de este límite deviene fundamental al funcionar como estrategia de prevención de accidentes de tránsito. En términos generales y sin distinción según el tipo de barrio en que residan y los espacios de sociabilidad a los que asistan, los participantes refieren que el siniestro vial es el mayor riesgo que presenta el consumo de sustancias en salidas nocturnas.⁵

El logro paulatino de la *expertise* a la que aludimos, refiere tanto a la percepción de situaciones potenciales de vulnerabilidad como a la incorporación de prácticas de cuidado. Con independencia del tipo de sustancias consumidas y de la frecuencia de uso, la totalidad de las y

5. Los accidentes de tránsito representan, en Argentina, la primera causa de muerte de adolescentes y jóvenes (UNICEF, 2016).

los jóvenes afirma haber desarrollado nuevas prácticas de cuidado y haber perfeccionado prácticas preexistentes con el correr de los años y la acumulación de salidas nocturnas. El consenso que se vislumbra respecto de ello se desvanece al introducir en el análisis la manera en la que se produjo. A este respecto, identificamos tres modalidades centrales. En primer lugar, el aprendizaje sobre las prácticas de cuidado se adquiere individualmente y detenta un fuerte carácter intuitivo. Una segunda modalidad está dada por la transmisión, tanto teórica como práctica, por parte de personas de mayor edad con las que se comparte el consumo. La *transmisión práctica* se produce cuando las y los jóvenes observan como las personas con las que consumen (generalmente, de mayor edad) actúan en pos de la resolución de complicaciones derivadas del uso de drogas (Epele, 2007). Esta modalidad de incorporación de prácticas de cuidado fue referida exclusivamente por los jóvenes que afirmaron inhalar frecuentemente cocaína. Por último, la incorporación de prácticas de cuidado puede ser el resultado de la búsqueda activa de información. Los sitios *web* –especializados o no en la temática– asumen una relevancia central en la búsqueda y constituyen la fuente por la que comienza la consulta.

Entre las prácticas de cuidado incorporadas cabe destacar las siguientes: alimentarse adecuadamente antes de consumir marihuana o alcohol; no consumir drogas si uno se encuentra atravesando problemas emocionales o afectivos;⁶ colocar de costado a quien consumió alcohol en forma abusiva para evitar que se ahogue con su propio vómito; y tomar o darle mucha agua a quien consumió alcohol en exceso y salir o sacarlo al exterior. Una práctica orientada a mitigar los efectos negativos del consumo de drogas que resulta más extrema que las mencionadas y que es referida únicamente por quienes afirman consumir cocaína con frecuencia, es la de hacerle un corte en las yemas de los dedos o en las palmas de las manos a quien se encuentra cursando los efectos de una sobredosis de dicha sustancia para que le circule la sangre y no sufra un paro cardiorrespiratorio (Candil, 2016). El despliegue de esta práctica

6. Esto sólo fue mencionado por las y los jóvenes residentes en barrios de sectores medios. La importancia de –nunca consumir por necesidad, sino por placer– fue también relevada por Victoria Inés María Sánchez Antelo (2015) en su tesis doctoral sobre personas poli-consumidoras de sustancias psicoactivas pertenecientes al estrato socioeconómico aludido.

puede entenderse como una consecuencia de la *lógica de la sospecha* o desconfianza de las y los usuarios intensivos de drogas ilegalizadas respecto de las instituciones de salud. Esta desconfianza redundante, en múltiples ocasiones, en el desarrollo de prácticas o sistemas de cuidado o curación individuales o implementadas por personas que integran el grupo de pares (Epele, 2007).

“Nos cuidamos entre todos”

Con excepción del G7, los grupos fueron excluyendo de su seno a quienes eran considerados más “fisura”, es decir, quienes presentaban un consumo de drogas discordante del resto de los integrantes del grupo. De esta manera, los grupos fueron logrando una cierta homogeneidad en lo que a prácticas de consumo refiere. Esta homogeneidad aseguró, a su vez, un cierto margen de previsibilidad en el tipo de estrategias de cuidado que podría ser necesario desplegar. Sin embargo, como observaremos, estas prácticas suelen carecer de planificación. Esta paulatina exclusión garantiza que la provisión de cuidados no siempre se dirija hacia la misma persona, sino que asume un carácter recíproco (“todos cuidan a todos”). No obstante, debe aclararse que en algunos grupos determinados integrantes cumplen habitualmente la función de “cuidadores”, ayudando, acompañando y procurando que no surjan problemas –asociados, en particular, con el consumo problemático de drogas y las violencias– durante la salida nocturna o bien, liderando las estrategias de cuidado orientadas a mitigar sus consecuencias. En términos generales, quienes cumplen la función de cuidadores son aquellos de mayor edad o experiencia en salidas recreativas dentro del grupo; quienes tienen la responsabilidad de llevar al resto de los integrantes a sus casas, ya sea manejando un vehículo o acompañándolos en algún transporte público; o los que más se “rescatan”, es decir, quienes presentan los niveles más bajos de consumo de drogas (tanto en cantidad de dosis como en frecuencia).

El despliegue de prácticas de cuidado hacia el otro es vivenciado por las y los jóvenes como una “cuestión de códigos”, algo que se sabe que se debe hacer y surge de manera espontánea aun cuando no se haya conversado expresamente sobre el tema. El cuidado del otro es un mandato para quienes integran el grupo de amigos, una práctica que

es significada desde la retórica de la “lealtad”. “No dejar nunca a un amigo tirado”, es decir, no dejar librado a su suerte a quien enfrenta las consecuencias negativas de un consumo problemático de drogas, forma parte de un “contrato” esencial cuya transgresión supone una amenaza a la continuidad del grupo de amigos. Si bien quienes residen en barrios populares y presentan un uso de drogas que, en términos generales, resulta más intensivo que el del resto de los grupos, comparten que nunca se debe “dejar a un amigo tirado”, sostienen que cada persona es responsable de automoderarse en el consumo; instar a otro integrante del grupo de amigos a “dejar de tomar” (alcohol o cocaína, fundamentalmente) es visto como una intromisión indebida en su autonomía.

Moderador (Mo): (...) para el tema del consumo, del alcohol y las drogas [ilegalizadas], ¿qué te puede decir [un amigo] para...?

Jerónimo (J) (G7): Ahí te diría que es un poco difícil para que le diga, porque uno ya sabe lo que hace, si somos todos grandes, uno ya sabe lo que hace. Él [señala a Darío] no me va a decir: “Jerónimo, dejá de tomar merca [cocaína], porque te va a hacer mal”. “¿Qué te metés en mi vida?”.

Mauricio (M): Ya saben que hace mal.

Nicolás (N): Nadie te va venir a decir: “Dejá de tomar merca porque te hace mal”.

M: Ya sabemos eso.

Mo: Ni siquiera si te ven muy mal...

N: Vos estás re duro [por la cocaína] y ¿qué le vas a decir? No les vas a dar ni bola.

Mo: ¿Pero a vos [dirigiéndose a Nicolás] te caería mal que viniera él [Darío] y te dijera: “che, dejá de tomar...”?

N: En ese momento, sí.

J: Porque le estás cortando el mambo [interrumpiendo sus prácticas recreativas], “déjame de romper las pelotas”. Hasta te podés pelear.

N: Claro, “amigo, ¿qué me venís a decir que deje de tomar merca?”

M: Si yo ya sé lo que tengo que hacer.

No obstante, esta atribución resulta legítima cuando se observa a dicha persona consumir aquella sustancia que, como mencionábamos, funciona como “límite” para estos jóvenes: la pasta base/paco.

Nicolás: Yo los veo paqueando [fumando pasta base/paco] [a mis amigos], los cago a pedos. “¿Qué estás haciendo amigo?”. La [pasta] base [/paco] ni en pedo.

Jerónimo: Un par de cachetazos, te rescataste.

Quienes asisten con frecuencia a fiestas electrónicas señalan que el cuidado y la contención del otro no se restringe a los integrantes del grupo de amigos con los que se comparte la salida nocturna, sino que puede extenderse a otros concurrentes de las mismas a los que se reconoce de eventos anteriores o bien se los identifica como parte de la “movida electrónica” por rasgos y actitudes difícilmente perceptibles para “el que no es del palo”, es decir, no pertenece a dicha movida. La provisión de cuidados a personas que no forman parte del grupo primigenio da cuenta de una construcción diferente del “nosotros” en las fiestas electrónicas, fenómeno que ha sido documentado por otros autores (Camarrotti, 2010; 2014; Thompson, 2014).

(...) nos pasa seguido. Hay gente que se da cuenta que sos del palo. Entonces por ahí te ven parado en un costado porque realmente te cansás (...) de bailar y se te acercan y te dicen: “Che, ¿estás bien?” Es como que se genera un clima lindo, por decirlo de alguna manera (Lisandro, G5).

Con excepción del grupo de jóvenes que asiste a fiestas electrónicas (G5), los participantes señalaron que las prácticas de cuidado responden a la improvisación, a la “prueba y error” y a líneas de acción guiadas por el sentido común: “se improvisa sobre la marcha. Gracias a Dios siempre improvisamos bien” (Antonella, G1). En otras palabras, no es un tema sobre el que versen sus conversaciones cotidianas, por lo que los grupos focales constituyeron, muchas veces, la primera instancia en que tenían posibilidad de reflexionar colectivamente sobre ello.

Previsión total

Las y los jóvenes que conformaron el G5 dan cuenta del desarrollo de un repertorio más diversificado y complejo de prácticas de cuidado que el resto de los grupos. No obstante, entienden que el proceso que desarrollaron no es un atributo particular del grupo de amigos, sino que forma parte del acervo de quienes pertenecen a la “movida electrónica” y, en particular, de los que consumen drogas sintéticas o de diseño.

A diferencia de otras drogas [ilegalizadas], el que toma éxtasis de forma consciente sabe lo que está tomando. Porque toma éxtasis y no consume otras cosas y aparte también, como sabe que es una droga de diseño, va

a recopilar información (...) Es por prevención. El consumo que tenemos nosotros es por conocimiento (Gustavo, G5).

Junto con dos prácticas incorporadas también por otros grupos (alimentarse adecuadamente antes de usar drogas y no consumirlas si uno se encuentra atravesando problemas emocionales o afectivos), las y los jóvenes del G5 dieron cuenta de dos estrategias que, pese a haber sido mencionadas en los otros grupos, adquieren aquí implicancias distintas: beber mucha agua al consumir drogas sintéticas (por el riesgo de deshidratación que éstas conllevan) y salir al exterior si uno se encuentra “malviajando”, o sacar del “quilombo” (llevar a un lugar menos ruidoso y con menor concentración de personas) a quien se halle atravesando esta situación. El “malviaje” es definido como una situación negativa que puede sobrevenir luego del consumo de drogas sintéticas, que se produce cuando “(...) no tenés ganas de estar ahí, no querés bailar (...) y la música que estás escuchando (...) no te parece linda” (Lisandro, G5).

A diferencia del resto de los grupos, quienes asisten frecuentemente a fiestas electrónicas exhiben un discurso de *previsión total*. Las principales acciones que, sumadas a las mencionadas, conforman una estrategia celosamente planificada en la que los imponderables parecen no tener lugar son las siguientes: no consumir drogas sintéticas conjuntamente con alcohol porque, como mencionamos, ello puede provocar deshidratación; distribuir a lo largo de la noche las dosis y establecer horarios límite para el consumo aun cuando queden pastillas disponibles; procurar que quienes comparten la salida nocturna consuman la misma variedad de éxtasis para que a todos les “pegue” de igual forma (les haga el mismo efecto); ingerir fármacos que actúen como protectores hepáticos antes de usar drogas sintéticas; conocer con claridad la variedad y la composición química del tipo de droga sintética que se va a ingerir. La distribución de las dosis a consumir a lo largo de las fiestas y el establecimiento de horarios tope con el fin de no ingerir más dosis de las necesarias, exigió el desarrollo previo de una habilidad: el conocimiento del tiempo que las “rolas” (pastillas de éxtasis) tardan en “subir” o hacer efecto. Al comienzo, al desconocer ese lapso, podían llegar a tomar una segunda pastilla antes de que la primera hubiera hecho efecto. Ello acarrea consecuencias negativas, porque luego “subían las dos juntas” lo que incrementaba los riesgos en forma innecesaria. Este conocimiento se alcanzó a través de la prueba y error, de la consulta a

personas que ya habían experimentado con las sustancias y de la búsqueda de información en páginas *web* especializadas.

Como parte de las estrategias de cuidado que conforman lo que dimos en llamar previsión total, quienes asisten a fiestas electrónicas afirman que no consumen una droga de diseño sin antes saber cuál es su composición química. La posibilidad de comprar pastillas a un *dealer* del que no tienen referencia, o bien, dentro de las propias fiestas electrónicas (aun si se agotaron las dosis que llevaban y tienen voluntad de consumir más) está absolutamente vedada. Esta regla inquebrantable adquiere mayor relevancia ante la constatación de que en la actualidad “hay mucha porquería dando vuelta”, fruto de la masificación de la “movida electrónica”. La creciente demanda de drogas sintéticas habría generado un aumento en la oferta y en las modalidades de adulteración de drogas. Aprovechando la homogeneidad de las pastillas en su aspecto exterior, los vendedores entregarían fármacos en lugar de sustancias psicoactivas o las adulterarían con componentes nocivos. La constatación de este fenómeno constituye el argumento central de este grupo, no sólo para no comprar drogas a vendedores desconocidos o en las propias fiestas, sino también para llevar adelante estrategias que permitan conocer la composición química de las drogas. La voluntad de conocer los componentes de las sustancias antes de consumirlas dio lugar al desarrollo de una práctica de índole preventiva sin parangón con el resto de las estrategias de cuidado relevadas: la aplicación del “Test de Marquis” (Plotkin, 2004).

[El Test de Marquis] es un test que se vende, lo vende un usuario [de drogas de diseño], es un reactivo en el que vos tomás una muestra de la pastilla que compraste y te fijás cómo reacciona, mayormente te podés dar cuenta qué [componentes] tiene, qué no tiene (...) (Gustavo, G5).

Cuando no pueden acceder a un “Test de Marquis” o bien cuando éste arroja resultados indeterminados, las y los jóvenes recurren a *blogs* de Internet especializados en la temática en los que es posible acceder a *reviews*: relatos de consumidores sobre sus experiencias con determinada droga sintética, la composición de cada pastilla y los efectos vivenciados. La disponibilidad de información habilita la posibilidad de llevar a cabo “un consumo responsable”, que relativiza los riesgos que resultan inherentes a estas drogas en virtud de su carácter ilegal y de la dificultad, que ello impone, para conocer su procedencia y su proceso de elaboración.

Recapitulando: el grupo de amigos como lugar protector

Pese a que presentamos por separado los procesos de vulnerabilidad y las prácticas de cuidado que las y los jóvenes fueron incorporando, esta distinción no reviste un carácter empírico sino meramente analítico. En otras palabras, la percepción (individual o grupal) de la vulnerabilidad respecto de los potenciales efectos negativos asociados al uso de drogas resulta indisociable de las prácticas orientadas a prevenir o mitigar estas consecuencias. El análisis de las prácticas recreativas nocturnas de las y los jóvenes permite observar una característica de las sociedades contemporáneas, que ha sido documentada en otros estudios: la tensión cultural entre el imperativo de la disciplina, el cuidado de la salud y el autocontrol, frente al imperativo del placer, la gratificación inmediata y el disfrute de la sociabilidad como experiencia (Freidin, 2017).

Los relatos dan cuenta del consumo de drogas como un elemento interviniente en un proceso de vulnerabilidad del que, lógicamente, dependen muchos otros factores: el estado emocional; las personas con las que uno se encuentra; el grado de información con que uno cuenta acerca de las sustancias, sus efectos y la forma de prevenir o atenuar sus consecuencias negativas; el lugar en el que se encuentra; y la posibilidad de contar con una persona adulta que les brinde confianza y los ayude a evacuar dudas específicas.

Para las y los jóvenes, el grupo de amigos resulta un *lugar protector* y constituye el ámbito primario de resolución de problemas asociados al uso de drogas. Esto resulta ilustrativo de que ciertas formas de cuidado no institucionalizadas detentan mayor relevancia para resolver este tipo de problemas que otras instancias que se consideran “último recurso”, fundamentalmente los centros de salud y los padres. Estos resultados son consistentes con lo que señala Menéndez (2003), para quien, el autocuidado –que no solo involucra las prácticas que los sujetos desarrollan sobre sí mismos, sino también las que los grupos de pares ejercen sobre sus miembros– es la forma de atención más frecuente de los padecimientos y suele ser la “(...) primera actividad que el microgrupo realiza respecto de los padeceres detectados (...)” (p. 201).

Los referenciales negativos con que los padres suelen concebir el consumo de drogas ilegalizadas –nutridos de las representaciones de los medios masivos de comunicación, cuyo tratamiento de la temá-

tica en ocasiones parece procurar la instauración de un *pánico moral* (Thompson, 2014)– y la consecuente vergüenza o temor por parte de las y los jóvenes de “confesarles” esta práctica, lleva a que éstos no sean considerados proveedores de cuidado ante la ocurrencia de complicaciones asociadas al uso de sustancias. Por el contrario, los hermanos mayores fueron señalados como figuras centrales frente a las que se siente menor incomodidad, por lo que también podrían ser convocados para colaborar en la resolución de este tipo de problemáticas. Las y los jóvenes señalan que procuran que los padres no se enteren si se produce una situación crítica en relación al consumo de drogas. Inicialmente, el grupo de amigos busca darle curso por sí mismo sin notificar a los padres. Si el problema reviste mayor gravedad (por ejemplo, si se trata de un coma alcohólico u otra situación que requiera hospitalización), afirman que los padres “tienen derecho a saber”, por lo que se los hace partícipes de su resolución.

La estigmatización de las drogas ilegalizadas y de quienes las consumen, conjuntamente con el establecimiento de una asociación inquebrantable entre consumo y adicción, o bien entre consumo y delito, conspira contra las posibilidades de establecer un diálogo franco entre las y los jóvenes y sus padres, ante el temor de los primeros de ser incomprendidos, tratados como “drogadictos”, o ante la voluntad de los padres de avanzar hacia una resolución inconsulta del problema, por ejemplo, a través de una internación compulsiva, atribuyéndole al tema una gravedad que para las y los jóvenes podría no tener. Buena parte de los participantes señala que sus padres, socializados en una época más “restrictiva y autoritaria”, detentan una visión homogénea de las distintas drogas, por lo que no pueden distinguir entre sustancias con mayor o menor peligrosidad, toxicidad y potencial adictivo ni establecer un *gradiente de consumos* que advierta las diferencias entre uso, abuso y dependencia (Camarotti y Güelman, 2013).

El grupo de amigos funciona como un *sopORTE* o sostén fundamental para enfrentar las *pruebas* o *desafíos* a los que se ven confrontados necesariamente en sus salidas recreativas. Para la resolución de este tipo de problemáticas, las y los jóvenes deben movilizar los soportes con los

que cuentan y, entre ellos, el grupo de amigos adquiere una relevancia central (Martuccelli, 2006).⁷

Entre las *barreras subjetivas de acceso* a los centros de salud, es decir, los factores que explican la renuencia de la población juvenil a solicitar atención ante problemas asociados al consumo de drogas, revisten una importancia de primer orden el temor al estigma y la *lógica de la sospecha* o desconfianza respecto de las instituciones estatales. Esta desconfianza está basada, habitualmente, en experiencias propias de maltrato por parte de profesionales de la salud cuando refirieron haber consumido drogas ilegalizadas (Epele, 2007; Albuquerque *et al.*, 2013; Jorge *et al.*, 2013; Ramírez, 2015). En contraposición, las y los jóvenes valorizan aquellas instituciones que funcionan como *espacios de escucha*, ámbitos *amigables* en los que los profesionales no estigmatizan sus prácticas –incluyendo, lógicamente, los consumos de drogas– ni intervienen desde la sanción moral.

7. En el Capítulo 2, profundizamos sobre las nociones de *pruebas* y *soportes* en relación a los procesos de individuación.

El desafío de estar en pareja: tensiones entre imperativos y soportes afectivos

En este capítulo analizamos las experiencias sociales de jóvenes en relación a los desafíos comunes que involucran aspectos de sexualidades y afectividades, los recursos y soportes a los que recurren para afrontar dichos desafíos y su vinculación con las prácticas y concepciones de cuidado por los que atraviesan en sus itinerarios biográficos. Las preguntas centrales que buscamos responder son: ¿qué características y particularidades tienen las experiencias de pareja de las y los jóvenes de barrios populares?, ¿qué soportes y pruebas están presentes en la construcción de sus vínculos afectivos?, ¿qué lógicas de la acción y qué ideales habilitan prácticas de pareja no limitantes?, ¿cuáles son las dinámicas afectivas que permiten propiciar formas de cuidado?

Para responder estas preguntas desarrollamos una estrategia metodológica de tipo cualitativo, con un enfoque interpretativo a partir de entrevistas semi-estructuradas con un enfoque biográfico a jóvenes de 18 a 26 años cuyos espacios de sociabilidad se encuentran en barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).⁸ Las entrevistas nos permiten reconstruir experiencias, percepciones y sentidos de los sujetos sobre sí mismos y su entorno, en contextos particulares que enmarcan las interacciones. Por su parte, el enfoque biográfico nos permite, a partir del despliegue narrativo de las experiencias vitales de una persona a lo largo del tiempo, elaborar, por medio de una sucesión

8. Para profundizar en los marcos institucionales, objetivos y estrategias metodológicas de nuestros proyectos de investigación, ver la *Introducción*.

de entrevistas, un relato subjetivo que expone e identifica los *acontecimientos significativos* en la vida de los sujetos y los sentidos otorgados a ellos.⁹

En el capítulo presentamos los resultados de nuestro análisis en torno a tres categorías centrales emergentes de los relatos de las y los jóvenes: a) *el inicio*, que refiere a las alusiones a las primeras experiencias afectivas; b) *el crédito*, que apunta a los procesos de legitimación de la pareja a partir de las miradas y expectativas del entorno próximo; c) *la convivencia*, que remite a las experiencias de cohabitación en un mismo hogar con la pareja. Finalmente, proponemos una articulación entre las categorías en diálogo con nuestras preguntas y herramientas conceptuales.

Pruebas y soportes en las experiencias sociales juveniles

Las entrevistas que conforman el *corpus* de datos que analizamos en este capítulo aluden a diferentes y variadas situaciones de relaciones de pareja. Tal vez por una cuestión generacional, lo que enmarcamos como pareja, dista en ocasiones de lo que podría entenderse como conyugalidad, sin embargo contiene las referencias a los entramados vivenciales asociados a dicha configuración socio-afectiva. En los relatos de las y los jóvenes, surgen de forma espontánea las menciones a noviazgos, parejas y toda una gama de variantes que involucran la dimensión afectiva, erótica y sexual, aunque no necesariamente por ellas obturada. Asimismo, las alusiones a las parejas suelen también presentarse desde los desencuentros, las rupturas y los desfases entre lo deseado, imaginado y las posibilidades concretas de llevarlo a cabo. En rigor, un elemento común a ser destacado es que en los relatos, las referencias

9. Michèle Leclerc-Olive (2009) destaca la centralidad de los *acontecimientos significativos*, los *giros de existencia* alrededor de los cuales los individuos establecen una estabilidad hasta nueva orden en sus relatos biográficos y construyen su propio calendario personal. Distingue entre los pequeños acontecimientos –cuya narración no es indispensable para la comprensión de la trayectoria biográfica en su conjunto– y los acontecimientos significativos, cuya omisión convertiría la historia, en cierta manera, en enigmática. Estos últimos son los momentos de bifurcación o de cambios importantes en la –manera de vivir y de relatar– una vida, los que constituyen el armazón de las narrativas del yo.

a las parejas “marcan”, (se) “sufren” y (se) “superan”, pero nunca pasan inadvertidas.

Para abordar las experiencias de pareja en un entramado de desafíos comunes, retomamos la noción de prueba:

(...) las pruebas se declinan en forma diferente según las trayectorias y los lugares sociales, y asumen significaciones plurales según los actores considerados. [...] Conservando en primer plano los cambios históricos y los inevitables efectos del diferencial de posicionamiento social entre actores, las pruebas permiten justamente dar cuenta de la manera en que los individuos son producidos y se producen (Martuccelli, 2006: 111-112).

Las pruebas permiten dar cuenta de la diferenciación funcional que caracteriza a las sociedades contemporáneas según las esferas de acción a las cuales acceden los individuos, sin perder de vista la fuerte estandarización social y temporal de dichos desafíos en una sociedad dada. En este sentido, “describir el sistema estandarizado de pruebas equivale a describir una sociedad histórica en su unidad” (Martuccelli, 2006: 22). ¿Es posible pensar en desafíos comunes en torno a la pareja, la afectividad y sexualidad en las y los jóvenes de barrios populares? Proponemos responder positivamente esta pregunta. En este sentido, la adopción del concepto de prueba al ámbito de las relaciones de pareja y noviazgos juveniles permite dar cuenta de la herencia de la impronta de la institución familiar como eje central en los procesos de individuación. Dicho desafío adquiere, a su vez, matices a partir de las prácticas e interacciones sociales del entorno próximo, en escenarios de sociabilidad con grados diferenciales de capacidad de acción y movilización de diferentes soportes.

Para enfrentar esas pruebas, los sujetos recurren a una gama de *soportes* materiales y simbólicos que los vinculan con el entramado social que conforma su propio *mundo* (Martuccelli, 2007). Estas tensiones implican mayores o menores posibilidades de salir airoso de estos desafíos, pero también suponen procesos de selección que marcan *hándicaps* diferenciales de recursos y posibilidades de movilizarlos para afrontar dicho desafíos (Martuccelli, 2006).

El concepto de *experiencia social* remite a las maneras de definir la sociedad a partir de un conjunto de situaciones previas y en simultáneo a las formas de construcción de uno mismo (Dubet, 2013). A partir del

mismo es posible dar cuenta de las *lógicas de acción*, que “no son sólo grupos de motivos, [sino] también puntos de vista sobre lo social, más cognitivos que normativos, que implican un tipo de representación de la sociedad” (Dubet, 2013:194). Se produce un doble movimiento conceptual: por un lado, las pruebas permiten aludir a la dimensión social de las experiencias individuales; por otro, las lógicas de acción otorgan coherencia a las continuidades biográficas en sociedades contemporáneas. Estas lógicas de acción son articuladas por los individuos en la construcción de su entorno social: a) *integración o programación* –la interiorización del control social externo, la asunción de múltiples roles y la pertenencia a diferentes *nosotros* que aseguran el propio *yo*–; b) *estratégica* –la definición de objetivos en sintonía con el interés situado de los actores y la movilización de los recursos y medios para alcanzarlos en situaciones sociales particulares–; c) *subjetivación* –la adopción de un punto de vista que permita a los sujetos situarse más allá de cualquier determinación social.

El inicio: *el primero no se olvida nunca*

En los relatos de las y los jóvenes entrevistados, las referencias a sus experiencias afectivas aluden a momentos del pasado como instancias relevantes de sus vidas que dejan marcas en las trayectorias deseadas y proyectadas de pareja. “Estuve dos años y medio con ella, como que me marcó mucho: desde chico estuve, desde los 15 hasta los 17, dos años y medio, y me marcó” (Purly, varón, 18 años). En el relato de Facu (19 años), la alusión al primer amor se funde con cierta idealización de aquella experiencia: “Ella fue, o sea, mi único, digamos, en serio fue. Después ya no, después joda”. Un aspecto parece ser común en los sentidos construidos en las alusiones de Purly y Facu respecto de sus primeras experiencias de noviazgo: aquello que los *marca* o que es *único* tiene la potencialidad de perdurar en las imágenes de futuro relativas a la pareja. Al ser consultada por los hechos importantes de su vida, luego de algunas dubitaciones, Nora (19 años) responde convencida: “Ah... nada, que me puse de novia hace tres años y estoy con él. Yo creo que él es la persona más importante”. La marca de la primera relación es en este caso un acontecimiento significativo, una instancia que permite estructurar temporalmente su relato biográfico. El punto de

inicio situado en el noviazgo parece ser el detonante de una serie de hechos puntuales que se encadenan en su narración: ponerse de novia, comprometerse y comprar anillos, planear casarse, tener hijos. La visión de futuro de Nora expone la trayectoria anhelada respecto de la prueba de pareja: le otorga una secuencia temporal con un inicio establecido y una sucesión causal de acontecimientos (algunos ya experimentados, otros deseados).

Kathya Araujo y Danilo Martuccelli (2012) denominan *prueba de pareja* al imperativo social en la búsqueda de pareja que surge de su análisis de los desafíos comunes presentes en la sociedad chilena actual, donde aspectos en torno a concepciones de familia y la división sexogenérica de la sociedad se presentan como ejes centrales. En dicho análisis, los autores describen tres tipos de ideales que se articulan, concurren y tensionan en la constitución de los imaginarios de pareja: el *ideal protector* –construido alrededor de la figura de quien protege y estabiliza; el *ideal de fusión* –constituido en la tensión entre la fusión pasional y la tendencia a la formalización de la pareja–; y el *ideal de independencia* –el cual supone espacios de reconocimiento propios para cada miembro.

En el caso de Nora, empleando los ideales de pareja antes presentados, podemos sugerir que parte de la configuración de su relato encuentra sentido desde el ideal de fusión. Allí primaría toda una gama de valoraciones en relación al *amor romántico* (Giddens, 1992; Fernández, 1993). Esta variante del ideal de fusión opera a nivel normativo a partir de la matriz heterosexual, tanto como horizonte de completitud subjetiva como de realización personal. En su legitimidad descansa una idea de complementariedad binaria de los sexos, que además de conjurar cualquier deseo que se aleje de lo “normal”, relega aspectos vinculados al ardor y el placer sexual (Butler, 2007). Lo que prima en estas formas de amar son las referencias al carácter único e irreplicable de las experiencias de pareja. Al respecto, Nora sintetiza este anhelo: “No, no sé, si no es con mi novio actual no me imagino con nadie y eso es lo que menos quiero. Obvio, porque fue el primero. Yo creo que el primero no se olvida nunca”.

Las alusiones a experiencias pasadas adquieren la forma de desfases emocionales, desequilibrios que implican vivencias dolorosas y que para su resolución, en ocasiones, requieren la movilización de soportes afectivos que no se encuentran necesariamente en el entorno cercano

familiar. Podríamos situar aquí el relato de Liz (21 años) respecto de su primera relación de pareja, “fue como... mi novio, novio de mucho tiempo...es el novio de los 16 años”, también padre de su hija: “Sufrí mucho de esa relación... después no terminamos bien”. Su paso por una institución de formación laboral y el vínculo personal con dos docentes, le permitió desplegar una serie de aspectos en torno a la reflexión de lo vivido e ir construyendo un *locus* institucional como un recurso importante sobre el cual sostenerse y sobreponerse. Al aludir a cómo se encontraba en el momento posterior a la separación con su pareja, Liz relata que

(...) en ese momento no tenía tanta confianza (como para hablarlo con otras personas. Era como que acá [en la institución] me daban eso como para... donde me podría abrir con todos esos temas, en otro lado, capaz no... No lo hubiera hablado o no hubiera dicho nada.

Como analizamos en el Capítulo 3, en estas experiencias institucionales se propicia la apertura de los *horizontes* que contemplan los anhelos igualitarios y de horizontalidad de las y los jóvenes, sin por ello “desdibujar” los programas institucionales. Lo que aquí queremos resaltar es el proceso reflexivo habilitado y que parece suscitarse a partir del vínculo de las y los jóvenes con estas instituciones.

En las construcciones de las experiencias sociales en torno a la pareja, la evocación al inicio de la vida sexual y afectiva puede estar vinculada a instancias de idealización. El amor romántico, como variante del ideal de fusión, acentúa estas referencias a recuerdos del pasado como momentos extraordinarios, de vivencia plena, de estar junto al otro querido/amado/deseado. Estos recuerdos pueden dejar marcas profundas, producto de la imposibilidad de reeditar en el presente aquello que fue considerado único o extraordinario. Esta concepción del amor junto con los patrones de género tradicionales, condicionan los vínculos afectivos del presente y la proyección biográfica personal.

Estos condicionamientos tienen matices según el género. Tanto en Facu como en Purly, esa instancia de evocación pareciera habilitar una proyección biográfica ampliada en el plano sexual y afectivo, donde elementos como la experimentación y la búsqueda de nuevas vivencias se vislumbran como horizontes posibles, permitidos y legítimos. En contraste, la evocación para Nora se configura, sino como una clausura, al menos como un obstáculo para una perspectiva de pareja. Por su parte,

la experiencia de Liz aporta un elemento emergente: ciertos ámbitos de sociabilidad se presentan con la potencialidad para el despliegue de lo afectivo, en una primera instancia personificado en algún referente –adulto generalmente–, pero luego anclado en la institución en general, dando inicio a un proceso de reflexividad y subjetivación sobre las experiencias vividas. Consideramos que en estos contrastes en las experiencias de pareja de las y los jóvenes es posible entrever los márgenes diferenciales y las asimetrías en términos genéricos de lo permitido, habilitado y aceptado.

El crédito: legitimidades en el vínculo con los otros

En una de sus acepciones usuales, *crédito* implica dar confianza o validar determinada situación. Adaptado a nuestro análisis, el crédito alude al “visto bueno” o “confianza” que se le otorga a la elección de pareja por el entorno inmediato. Así entendido, habita en una instancia efímera y cambiante. Contar o carecer de crédito implica, desde el vamos, el vínculo intersubjetivo con una serie de actores significativos del entorno cercano: el círculo familiar, los grupos de pares y, en ocasiones un poco más difusas, el entorno barrial. Muchas alusiones presentes en los relatos muestran la importancia que adquieren estos entornos cercanos y el carácter de soporte en los que participan. Sin embargo, la convivencia de diferentes actores significativos no siempre es armónica. Al contrario, en ocasiones parecieran existir disputas más allá de las personales que impiden su convivencia como soportes afectivos en los procesos de individuación.

La novia de Purly podría encuadrarse en la figura de la *protectora*, aquella que permite el *anclaje existencial* en contextos de vulnerabilidad:

(...) ella me hizo dar cuenta de todo. ¿Viste que yo te dije que estoy siempre con los pibes, que no pasa ni un día que no salgo con los pibes? Y me hizo entrar en la cabeza, todo, me hizo entrar muy bien en la cabeza. Ponele, el sábado no salí (Purly).

El anclaje existencial constituye una forma de protección en contextos donde se presentan variadas formas de vulnerabilidad para la vida de las y los jóvenes. Aun así, también es posible sugerir cierto horizonte conflictivo en relación a los soportes afectivos: ¿hasta qué punto afian-

zar el noviazgo, implica romper los vínculos con “los pibes”?, ¿qué sentidos son necesarios para hacer concurrir ambas instancias?

En ocasiones, el círculo próximo puede funcionar como un diafragma que se dilata y estrecha según los momentos personales. En referencia al giro existencial que fue ponerse de novia, Dora (20 años) relata una variante posible de estas expansiones y retracciones:

(...) o sea, no que me quedé sin amigos, sino que alejé a mis amigos...y nada, eso también me parece que influyó a la hora de dejar de estudiar. En ese momento...yo soy muy familiar y no sé, cuando estuve de novia, no sé si quería estar tanto en familia como siempre quiero estar o siempre quise estar. Así que ese noviazgo afectó casi todo también en mi vida.

Coincidente con la retracción del círculo familiar a partir de su noviazgo, Dora tuvo que hacer frente al rechazo de sus padres de su situación de pareja, ya que tenían “temor” de que quedara embarazada. El temor de sus padres se acentúa por los cada vez “más frecuentes embarazos de las chicas”. Sin embargo, como ella lo resalta, su forma de crianza “dista” mucho de las formas habituales del contexto barrial, lo que nos lleva a plantear dudas respecto al grado de homogeneidad de las lógicas de socialización por el sólo hecho de tener lugar en un mismo territorio.

Problematizar sobre la legitimidad e ilegitimidad de los soportes, como lo señala Martuccelli (2007), habilita pensar la faceta política de la individuación. El embarazo en la adolescencia tiene una carga negativa desde el punto de vista de los adultos y de algunos de los relatos de las y los jóvenes (Gogna, 2005). La falta de crédito dificulta la confesión de este tipo de soporte como proyecto de vida, cuando parece ser el único al que se puede acceder en escenarios de carencias. Sólo adquiere cierta posibilidad de confesión si se encuentra enmarcado en un proyecto de pareja, tal como lo señala Juana (20 años) en su relato:

Yo lo busqué porque tenía ganas de ser mamá (...) Lo pensé un poco más. Llegó, bueno, 6 meses que lo pensé, lo pensé y quedé. Pero no se lo contaba a nadie, ni mi vieja, no lo sabía nadie. Y después, cuando se lo conté a mi hermano, me dijo: “¿Para qué?” Casi me mata.

En el relato de José Luis es posible dar cuenta de la influencia de las redes familiares en esta faceta de vínculos próximos, en parte asociada

a los condicionamientos. Las referencias y tensiones que relataba luego de su ruptura de pareja marcaban una díada entre razón y emoción, expresada en las figuras de *la cabeza* y *el corazón*. Los desajustes entre modelos deseados de pareja pueden encontrar obstáculos:

(...) a mi familia no le gustó para nada que yo me junte con una mina que tenga dos hijas, con una mina que ya tiene su vida armada y que va a ser difícil la convivencia y no aceptaron. Se rompió una relación muy grande, ¿no? Pero lo que pasa es que en ese momento no supe valorar lo que era, lo que estaba conmigo ¿entendés? Pero uno se equivoca y... yo la verdad que escuchaba mi cabeza y no escuchaba mi corazón, así que hice la separación.

En esta faceta del crédito se exponen una serie de condicionantes que se configuran por fuera de la pareja *per se*, pero que en ocasiones emergen como elementos claves para la continuidad de los vínculos. De tal forma, podemos pensar el crédito otorgado en dos sentidos: *confianza desubjetivante* y *subjetivante*. La primera, a partir de configurarse en contraste a determinadas características no deseadas o consideradas negativas: las salidas nocturnas asociadas al descontrol o a un amplio espectro de vulnerabilidades en el caso de Purly y su novia;¹⁰ al embarazo como evento no deseado en el caso de Juana y su hermano o Dora y sus padres; o la “vida armada” de la pareja de José Luis como elemento disruptivo según su familia. La segunda, se define a partir de vínculos subjetivantes entre quienes lo otorgan y quien es el receptor del mismo: la forma de crianza de Dora donde la confianza aparece como un elemento vincular y su capacidad para sostener su autonomía respecto de los temores planteados por sus padres en torno de un embarazo no deseado.

Como hemos sugerido durante el análisis, el crédito también encuentra un espacio de despliegue a partir de su capacidad de incorporar las diferentes miradas de los actores del entorno cercano. Podemos caracterizar la confianza como *concurrente* –cuando los soportes afectivos encuentran cierto espacio común–, o *integralista* –cuando la potencia de un soporte no permite otros sentidos ni legitimidades de otros actores.

El análisis de la faceta de la prueba de pareja descrita en este apartado permite observar las configuraciones de soportes asentados en

10. En el Capítulo 1, desarrollamos estas dimensiones en relación a las experiencias recreativas nocturnas.

torno al crédito, los cuales tienen diversos grados de legitimidad. Los variados vínculos, ámbitos y grupos de sociabilidad que participan en estos procesos permiten pensar en una multiplicidad de créditos, como así también en dinámicas y lógicas particulares de interacción entre ellos, donde no todos los elementos y situaciones de pareja adquieren las mismas valoraciones.

La convivencia: asimetrías de género, anhelos de igualdad, y reflexividades

A pesar de la corta edad de las y los jóvenes, en sus narraciones se encuentran variadas referencias a experiencias de convivencia. En términos prospectivos, han narrado cómo se imaginan en un futuro en relación a la dimensión de pareja. Sin embargo, por este apartado retomamos las experiencias efectivamente vivenciadas de convivencia.

En esta instancia, más que en ninguna otra de las descritas, convivir, sobre todo para las jóvenes de barrios populares, es en muchas oportunidades una estrategia asociada al sustento de tipo económico. Como en el caso de Lili (23 años), el sentido de protección requiere ser pensando en relación a las diversas desigualdades que experimentan dichas jóvenes en esta etapa de sus vidas. Luego de su separación, Lili relata:

No tengo una casa adonde poder vivir bien con mis hijos, tengo que vivir de prestado, obvio. Me tengo que ir haciendo la idea de que me tengo que hacer mi propia casa. Porque algún día mi hermana va a querer hacer su vida ¿Y yo qué? ¿Voy estar en el medio? Bueno...y me faltan muchas cosas que estando allá [en la casa de mi ex pareja] me...las tenía todas...yo quería pan, me traía pan...quería lo que quería y me lo traía él.

Las configuraciones vinculares y los ideales que los movilizan adoptan una forma marcadamente asimétrica en términos sexogenéricos, donde las mujeres tienen que sobrellevar una carga mayor en relación a las responsabilidades por los hijos y por las formas en que los entornos las observan. Si bien los actuales contextos culturales y legislativos pueden ampliar los márgenes de libertad y autodeterminación de las mujeres (Elizalde, 2015), los *choques con la realidad* pueden generar cierto sentimiento de resignación.

(...) hace dos años fui a la casa de mi mamá, porque habíamos tenido una discusión con mi marido y no quería volver. Y mis hijos no me durmieron en toda la noche porque se querían ir con el papá. Y digo, bueno, ya está, parece que... ésta es la vida que me tocó (Ramona, 23 años).

El relato de Ramona abunda en referencias que exponen el carácter asimétrico de la configuración de pareja, asentada en lógicas de la acción de integración: “a mi marido como que no le gusta que venga nadie y eso es lo que me molesta a mí, como que él quiere mandar eso y... yo le digo, yo no quiero estar sola, todo el día encerrada”. Los horizontes de igualdad, sobre todo en las relaciones de género, son un elemento clave para repensar aquellas configuraciones que establecen jerarquías sexualmente connotadas, sobre todo cuando dichas configuraciones implican formas de humillación personal. Estas tensiones también se expresan en ideales de pareja y la valía de mayores niveles de autonomía frente a exigencias que se presentan como formas de control, que pueden llevar a manifestaciones de abuso: “hay veces que quiero estar sola, por ahí, para que nadie quiera mandar o controlar mi vida”.

Este tipo de experiencias no debe ocultar otras capacidades de acción. Si lo cotidiano se presenta como un tedio (“me levanto, llevo a mis hijos al jardín, vuelvo, estoy en mi casa, después vuelvo, los voy a buscar y estoy en mi casa”), la ruptura se presenta por medio de acciones de mayor autonomía y reflexividad, es decir, un momento introspectivo sobre los lugares asignados en los entramados vitales. Como analizamos en el Capítulo 3, la circulación de las jóvenes por determinadas instituciones amplía sus posibilidades de reflexionar sobre sus vínculos y contextos. De este modo pueden apropiarse subjetivamente de sus derechos, expandiendo sus espacios de autonomía y autoafirmación (Amuchástegui Herrera y Rivas Zivy, 2004). En el caso de Carla (24 años), la asistencia a un bachillerato popular¹¹ se erige como sostén y punto desencadenante de cambios importantes en su vida.

11. Los *bachilleratos populares* son escuelas secundarias para jóvenes y adultos que se definen a sí mismas como autogestionadas y populares, con autonomía política y pedagógica respecto del Estado. En la actualidad existen más de ochenta en todo el país, ubicadas mayormente en el AMBA, que funcionan en el marco de organizaciones sociales muy variadas, con diferentes recorridos, posicionamientos político-ideológicos y actitudes hacia la política institucional (Kriger y Said, 2015).

(...) [En el bachillerato popular] me reencontraba conmigo misma y para mí eso fue buenísimo porque me di cuenta de un montón de cosas que sentía y no las podía comprender en un momento y las empecé a entender a medida que yo veía que tenía contención, que me explicaban, que había algo más que no sé, que lavar los platos y atender a tu hija en tu casa. Me hice mucho más independiente y me encontré a mí misma (Carla).

Para las y los jóvenes, la finalización de la escuela secundaria se expone como un desafío con fuerte regularidad en sus vidas; lo interesante, desde nuestro análisis, es la evidencia de que sobrellevar dicha prueba con relativo éxito podría propiciar la expansión de una serie de soportes y con ellos, diferentes legitimidades que trascienden a otras esferas de acción. En el caso de Carla, el tránsito por el bachillerato popular favorece el fortalecimiento de su independencia, aspecto que traslada a otras dimensiones de su vida cotidiana y que la lleva a replantearse la relación con su pareja.

Fue como un cambio radical porque empecé a disfrutar de otra manera. No sé. En sí, yo me separé porque sentí que había mucho más en mí que una mujer, que una esposa y que una madre. Había una mujer que quería estudiar, que tenía proyectos, que tenía sueños. A nivel aprendizaje, cómo relacionarme con la gente. Eso fue como que me marcó un antes y un después porque lo empecé a disfrutar de otra manera y me empecé a enfocar en otras cosas y a interesarme en otras cosas.

Los procesos de diferenciación de las trayectorias individuales en las sociedades de la modernidad tardía generan diferenciales de recursos y capacidades de acción. En el relato de Carla, su singularidad se plasma en su decisión de separarse de su pareja a partir de la valorización de ciertos umbrales de dignidad personal.

La faceta de la convivencia de la prueba de pareja remite a la idea de la intimidad, al ámbito de lo privado, la división de las tareas y la atribución de roles y sentimientos asociados. Las emociones, como manifestación sensible de los lazos amorosos, adquieren el status confesable de las dependencias de pareja. Estas dependencias amorosas alcanzan cierta ilusión de interioridad, por lo cual se diferencian de las dependencias claramente identificadas como externas, unilaterales y sin aparente control. Estas últimas, desde una óptica de sujeto que *se sostiene desde el interior*, son ilegítimas e inconfesables (Martuccelli, 2007).

Los grados variables de autonomía que pueden generar se encuentran también atravesados por las formas en que en el ámbito de la intimidad se negocian y se establecen las condiciones de convivencia.

En estas narrativas de las y los jóvenes, observamos heterogeneidades en las posibilidades de habilitar una multiplicidad de soportes por fuera del círculo íntimo. Pese a habitar un mismo territorio, las formas de transitarlo son esenciales para comprender las posibilidades de contar con recursos y soportes que permitan instancias de individuación menos traumáticas y dolorosas (Tapia, 2015). El relato biográfico de Juana (19 años), presenta algunos atributos que, según ella misma, la diferencian de muchas de sus amigas y vecinas:

Y yo, por suerte, puedo hablar mucho con mi pareja, ¿no? Y llegamos a ciertos acuerdos, pero veo que la mayoría de los casos, no. Es: “hacés eso y punto”. Y mis amigas se quedaron en la casa con los chicos y el chabón se pegó la gira y está por ahí o drogándose. Él puede hacer todo, ahora, la mina llegó a salir, es la más puta. Es así. Y después ellos se fueron, capaz que no aparecieron en una semana y vuelven como si nada.

La estructuración temporal del relato biográfico de Juana y la descripción de los acontecimientos significativos por ella identificados muestran la posibilidad de acceso a diferentes soportes, como así también las formas de transitar los espacios de sociabilidad dentro del barrio: el examen de ingreso a la Escuela Superior de Comercio “Carlos Pellegrini”; el viaje a Paraguay en la preadolescencia; vivir en el barrio de Congreso (CABA) con sus hermanas; regresar a vivir en la villa; el ingreso al Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires. Llegar a “ciertos acuerdos” implica instancias de negociación frente a tensiones implícitas en la convivencia con su pareja y con sus hermanas menores. Igualmente, a pesar de las limitaciones materiales, convivir con relativo éxito nos lleva a preguntarnos por aquellas negociaciones que permite sortear la faceta de la convivencia de la prueba de pareja:

Y, eso es lo que hace la mayoría, también. En eso sí me incluyo. Lo que capaz que hacemos mal, ¿no? Todas las chicas apenas tienen novios, ya se juntó. Yo hoy escucho: “se juntó” y digo: “no, ¿por qué?, ¿por qué se juntan tan rápido?” Y lo mío con mi novio fue raro porque un día se quedó a dormir y se trajo la ropa de trabajo y al otro día se fue a laburar de casa. Y

así. Y cuando los dos nos dimos cuenta, creo que tenía la mitad de la ropa en casa. Así que... no fue como: "ay, lo decidimos", no.

Contar con recursos económicos para planear la convivencia pareciera ser un aspecto que ayudaría a sortear la prueba de pareja con éxito. Sin embargo, aun en el caso de que no sea posible, el planteo retrospectivo permite poner en consideración los supuestos que sostienen tales decisiones. Los imaginarios de fusión y los de independencia trabajan en estos escenarios. Como mencionan Araujo y Martuccelli (2012: 209), "frente al ideal de independencia y sus obstáculos, el mecanismo conyugal imaginado como camino para la realización del mismo es la búsqueda de arreglos". La pareja *trabaja* a los jóvenes, tal vez más que ninguna de las otras pruebas, movilizandolos aspectos en el orden de lo afectivo (Sustas y Touris, 2013). Las tensiones de la convivencia, la necesidad de acuerdos para sobrellevar lo bueno y lo malo de estar en pareja, remiten a la idea de soporte no sólo en términos sociológicos, sino en otras acepciones: *soportarse uno al otro* (Martuccelli, 2007: 90).

Las limitaciones económicas emergen con una mayor intensidad que en otros grupos de jóvenes y son un elemento clave que no debe perderse de vista al analizar las dinámicas de pareja y, particularmente, de la convivencia. Sin embargo, junto con las necesidades asociadas a lo material, el vivir en el mismo hogar puede tomar la forma de instancia posterior inevitable a la formalización con un otro. Aun sin poder contar con la posibilidad de planificación, en experiencias como las de Carla y Ramona el planteamiento retrospectivo de la instancia de convivencia, mediado por sus participaciones en espacios institucionales que propician el ejercicio de sus derechos (que analizamos en el Capítulo 3), posibilita la revisión de acuerdos que redundan en climas de pareja más favorables, donde se habilitan espacios de diálogo, respeto y reconocimiento del otro.

Recapitulando: tensiones en la aventura de estar en pareja

Analizar las experiencias en torno a los noviazgos y vínculos amorosos descritas por las y los jóvenes en sus relatos, posibilita mostrar hasta qué punto esas instancias narradas y experimentadas de forma tan

diversa expresan diferentes modos de afrontar una prueba estructural: la pareja. En esas instancias es necesaria la movilización de recursos de todo tipo para superar la aventura de estar en pareja lo que conlleva, en definitiva, a un ejercicio constante de ajustes entre las expectativas personales y las posibilidades objetivas de llevarlas a cabo. La prueba de pareja se despliega a nivel vivencial a partir de las alusiones a los primeros amores, a las formas e ideales de amar, querer, desear, a las experiencias de convivencia y a la necesidad de compatibilizar con otros vínculos significativos en la vida de las y los jóvenes. En este sentido, la prueba de pareja insta a los jóvenes a individualizarse.

A partir de estas narraciones en torno a la pareja identificamos algunas dimensiones que remiten al ámbito de la intimidad, a los entornos próximos y los condicionantes de tipo estructural (socio-económicos e institucionales): *el inicio*, *el crédito* y *la convivencia*. En el siguiente cuadro, presentamos de forma sintética algunas de las características encontradas en cada una de las facetas analizadas y sus vinculaciones con instancias de vulnerabilidad o cuidados en las dinámicas de pareja.

<i>Dimensiones, vulnerabilidades y cuidados en la prueba de pareja</i>		
<i>Dimensiones</i>	<i>Vulnerabilidades</i>	<i>Cuidados</i>
<i>El inicio</i>	El inicio como único e imposible de reeditarse en el presente	El inicio como instancia que rescata aspectos del reconocimiento del otro y de la autonomía
	El inicio como una serie pautada de instancias que involucran la vida afectiva/sexual orientadas por el ideal del amor romántico	Ruptura con roles de género tradicionales

<i>El crédito</i>	Confianza desubjetivante	Confianza subjetivante
	Confianza integralista: que no permite la concurrencia de legitimidades	Confianza concurrente: que permite multiplicidad de círculos o actores legitimantes
	Crédito negativo: confianza otorgada a partir de establecer ilegitimidades	Crédito positivo: confianza otorgada a partir de los vínculos más que con los modelos no deseados (ilegítimos)
<i>La convivencia</i>	<p>Condicionantes de tipo material, en especial aquellos asociados a lo socioeconómico.</p> <p>La convivencia producto del seguimiento de lógicas tradicionales de la acción</p>	<p>Exponer grados de acuerdo, sino de forma planificada, al menos de forma retrospectiva</p>

Fuente: elaboración propia.

Las dimensiones de la prueba de pareja que emergen del análisis de los relatos permiten interpretar las dinámicas sociales de los procesos de vulnerabilidad y de cuidado en torno a las parejas jóvenes. El inicio vincula las trayectorias personales con el carácter social de los itinerarios amorosos. Las alusiones a los momentos de inicio en las vinculaciones de tipo sexual-afectivo influyen en las imágenes del presente y los anhelos de futuro. Las *marcas* y las experiencias *únicas* de los primeros noviazgos se constituyen en mojones que trascienden el momento de su génesis y poseen la capacidad de perdurar en las trayectorias narradas. En ocasiones, el carácter único e irrepetible atribuido a esas vivencias ocasiona la imposibilidad de desplegar soportes en el presente, dificultando el reconocimiento afectivo y la constitución de la autoconfianza como base para construcción de las identidades.

La convivencia y el crédito describen las diferentes dinámicas de interacción con los vínculos cercanos: la pareja con la cual se convive, pero también el entorno próximo de afectos y familiares. En relación a la convivencia, pudimos observar cómo ciertos ideales de pareja asociados al amor romántico y lógicas de la acción de integración funcionan como

limitantes en torno a la posibilidad de construir formas de acuerdo dentro de la pareja. Las interacciones en la convivencia posibilitarán (o no) escenarios que conjuguen el respeto por la autonomía y cuidado propio y ajeno. Por otro lado, aunque la pareja puede constituirse en un soporte relativamente estable, en algunas circunstancias puede ser a expensas de otros soportes.

Acá puedo ser yo: *experiencias institucionales, agencias y cuidados*

Y... uno no hace mucho individualmente. Se agrupa para trabajar en conjunto. Uno no puede hacer algo solo sino que se hace todo colectivamente, eso está bueno (Carla, 24 años).

En este capítulo abordamos las experiencias de jóvenes de barrios populares en instituciones que propician el ejercicio de sus derechos y en las que eligen participar, partiendo de las siguientes preguntas-problema: ¿cómo construyen y significan las y los jóvenes sus identidades personales a partir de sus experiencias institucionales?, ¿qué narrativas del yo despliegan en torno a dichas experiencias?, ¿cómo se constituyen y articulan sus agencias, ciudadanías y prácticas de cuidado en torno a dichas narrativas y experiencias institucionales?

Buscando responder a estos interrogantes, aquí presentamos nuestro análisis de las entrevistas realizadas a jóvenes de 15 a 24 años que participan en siete instituciones estatales y organizaciones sociales en barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA): dos bachilleratos populares –uno ubicado en un barrio marginalizado de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y otro en Berazategui, Gran Buenos Aires (GBA); un centro de día que trabaja con jóvenes en situación de vulnerabilidad social ubicado en González Catán (GBA); una organización que propicia el acceso a actividades culturales y deportivas en la CABA; una institución dependiente del Gobierno de la CABA dedicada a la capacitación laboral; una escuela secundaria parroquial con un proyecto educativo institucional con un formato innovador que incorpora

la educación no formal, la formación profesional y la integración de jóvenes en contextos de vulnerabilidad social en La Matanza (GBA).

En las tres secciones siguientes, presentamos nuestro análisis en torno a tres categorías centrales que identificamos en las narraciones de las experiencias institucionales de las y los jóvenes: a) *descubrir un lugar distinto e inesperado*; b) *acá podés ser la persona que realmente sos*; c) *transformar nuestra realidad colectivamente*. En la sección final articulamos dichas categorías en torno a las principales narrativas del yo presentes en dichas experiencias, reflexionando sobre las vinculaciones entre las agencias, los marcos referenciales y las prácticas de cuidado de las y los jóvenes en barrios populares.

Descubrir un lugar distinto e inesperado

En los relatos en torno a sus experiencias institucionales, las y los jóvenes destacan en primer lugar su sorpresa al descubrir lugares totalmente distintos a los espacios institucionales por los que pasan en sus vidas cotidianas y que no sabían que podían existir en sus barrios. Como cuentan Fatu (mujer, 18 años) y Mariana (17 años), estos lugares inesperados se contraponen con dos ámbitos que conocen especialmente: *la calle* y *la escuela*.

Fatu (F): Para mí es más seguro acá porque no es lo mismo. Porque allá [en la escuela pública a la que asistía] todo lo que a mí me enseñaban y, sobre todo, la calle... no me gustaba.

Entrevistadora: ¿Por qué?

F: Porque era muy peligroso... Como yo estaba en turno noche salía muy tarde y te robaban ahí...

Porque últimamente el barrio está como que, más chiquitos, más se drogan, más andan en cualquier cosa, ¿entendés? Y últimamente hay mucha droga y hay mucho quilombo. Entonces muchas veces es preferible evitar esas cosas y esas relaciones y tener una relación sana, por así decirlo, con gente de afuera (Mariana).

Jóvenes como Fatu o Mariana nacieron en barrios marginalizados del AMBA a finales de la década de 1990 e inicios del nuevo milenio. En dicho período se manifestaron en Argentina las consecuencias más extremas de los procesos de debilitamiento o desmantelamiento de las ins-

tituciones estatales y laborales que, en décadas anteriores, disminuían las inseguridades individuales y sociales. En estos barrios construyen casi la totalidad de sus experiencias. Estos espacios se edifican material y simbólicamente a partir de una multiplicidad de prácticas, relaciones, conflictos y formas de solidaridad que generan diversos vínculos y fronteras a partir de valoraciones, marcas identitarias, sociales y afectivas (Gravano, 2003; Cravino, 2009; Chaves, 2010).

Si bien la calle se configura como un mundo social complejo, asociado a experiencias y acontecimientos biográficos contrapuestos (Gentile, 2016), entre las y los jóvenes de sectores populares que entrevistamos este espacio se asocia centralmente a la inseguridad, las violencias y los consumos problemáticos de drogas (Di Leo y Camarotti, 2013; 2015). Los denominados “barrios de emergencia” o “villas” del AMBA tienen los mayores niveles relativos de victimización por delitos violentos (Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2014). Un segundo fenómeno es la escasez, ausencia o desconfianza en las regulaciones e instituciones estatales —especialmente las fuerzas de seguridad—, lo que convierte a las redes de sociabilidad barrial —basadas principalmente en vínculos familiares— en casi los únicos soportes del orden social. Por ende, cuando se producen conflictos, crisis o rupturas en dichas redes, se profundizan en sus integrantes los sentimientos de inestabilidad subjetiva e incertidumbre hacia el futuro. Un tercer factor, articulado con los otros dos, es que la ocurrencia de episodios delictivos en estos contextos tiene un fuerte impacto en las redes de sociabilidad barrial, generando o profundizando conflictos o desconfianzas entre vecinos, amistades o familiares, que magnifican los sentimientos de inseguridad de sus habitantes (Auyero y Berti, 2013; Kessler y Dimarco, 2013).

Frente a estas condiciones, que profundizan sus procesos de vulnerabilidad e invisibilidad social, las y los jóvenes despliegan diversas prácticas de cuidado en sus formas de habitar, vincularse o circular dentro y fuera del barrio:

Entrevistadora: ¿Y vos dentro del barrio tenés lugares por donde vas o por donde no? ¿Hay una forma como de moverse?

Mariana: Para entrar a mi casa hay dos entradas. La de parte de una canchita y la entrada general. Y por lo general si es de noche o si salgo sola entro por la entrada general que es donde se moviliza más gente. Y si salgo con alguien, salgo por el otro lado, que me queda más cerca de la parada

[del colectivo] pero, por lo general, no ando sola por ahí porque es donde se juntan más los chicos que fuman. Entonces, para evitar ciertas cosas es preferible no estar sola.

Por otro lado, sus experiencias escolares se asocian a distintas formas de estereotipación, discriminación y negación del reconocimiento por sus orígenes étnicos, nacionales o barriales. Los jóvenes narran situaciones de “repetición de años”, “fracasos”, segregaciones o exclusiones escolares. Como surge de diversos estudios realizados durante los últimos años en Argentina, la relación de las y los jóvenes de sectores populares con la escuela pública se encuentra atravesada por múltiples fronteras simbólicas y materiales que generan trayectorias escolares de baja intensidad, su exclusión o su inclusión en fragmentos diferentes del sistema educativo, reproduciendo, a través de diversas mediaciones, las desigualdades sociales (Kessler, 2002; Tiramonti, 2004; Kessler, 2014; Núñez y Litichever, 2015; Chaves, Fuentes y Vecino, 2016).

En su investigación doctoral en escuelas secundarias públicas de la CABA, Pablo Di Leo (2010) identificó la presencia dominante de dos tipos de clima social –*desubjetivante e integracionista-normativo*– que, al centrarse en normas, autoridades y saberes naturalizados, contribuyen a profundizar las distancias entre instituciones y procesos de subjetivación juveniles. Las y los estudiantes señalan a muchos adultos como generadores de violencias, tanto en contextos familiares como escolares y en otros espacios sociales. Entre las mismas, adquieren gran relevancia diversas prácticas cotidianas de docentes y directivos que son significadas como discriminaciones, injusticias o faltas de respeto hacia ellos y ellas. Estas percepciones del menosprecio de los agentes escolares movilizan a muchos estudiantes a luchar –mediante diversos tipos de tácticas simbólicas o materiales– para ser reconocidos como sujetos en el plano jurídico-moral. Dichas tácticas pueden analizarse desde dos dimensiones articuladas entre sí: a) una dirigida a la negación de la autoridad escolar; y b) una dimensión positiva (muchas veces complementaria de la anterior), movilizada por la búsqueda de aprobación y reconocimiento.

Además, en la otra escuela no me gustaba como enseñaban. Porque allá te dicen, te explican y si no entendés, bueno, jodete. No les importa, y acá [en el bachillerato popular] sí. Acá te lo vuelven a explicar 50 veces si que-

rés, hasta que vos lo entiendas. Y cuando un compañero lo entiende, los compañeros te explican si no lo entendés. Y si no, lo hacemos todos juntos hasta que vos entiendas. En las escuelas normales no es así: ellos te explican una o dos veces y ya está, si no entendiste, bueno, ya es tu problema. Y acá no es así y eso es lo que más a mí me gusta de acá. Si necesitás un consejo de ellas [las profesoras], ellas te dicen, te hablan y te aconsejan: “esto está mal”, “está bien que estás haciendo esto”, “está bien que estás mejorando”... Y se preocupan si vos estás enferma o no estás enferma. En los colegios otros normales, no son así. “Bueno, si no venís es porque vos no quisiste, tenés que traer esto, lo otro si estás enfermo”, no se preocupan por vos. Y las docentes de acá sí se preocupan. Si le pasa algo a algún compañero que no está viniendo vamos todos a su casa a ver qué le está pasando (Fatu).

Como sintetiza Fatu, las experiencias de las y los jóvenes en las instituciones donde realizamos nuestro trabajo de campo se presentan como excepciones, refugios en los que eligen participar cotidianamente porque se sienten reconocidos “como personas y no como un número más”, habilitando por un lado, diversos soportes afectivos y simbólicos que participan en sus procesos de individuación y, simultáneamente, repertorios de acción no violentos ni discriminatorios para (re)vincularse con los otros y, en general, con las instituciones educativas. Aquí, la institución se define en los términos propuestos por François Dubet (2006; 2013): por su capacidad de hacer advenir un orden simbólico y de formar un tipo de sujeto ligado a este orden, de instituirlo.

Lo más importante [de esta organización cultural y deportiva] es el espacio de contención que tiene, o sea, desde que vos llegás y básicamente sos como otra, sos vos misma. Podés expresarte, podés decir lo que te pasa, podés enojarte, llorar, estar feliz y nadie te va a juzgar por eso, o sea, te van a bancar o te van a dar una mano, o sea, es ese espacio de contención que tienen al darte un oído, al darte una mano cuando te pasa algo, más allá de todas las estructuras y todo lo que haya (Mariana).

Acá todo se charla y si hay algo que no te gusta te termina atrapando, te termina gustando, o le encuentran la manera como para que sientas interés o te explican en qué te puede ayudar. Entonces está bueno eso, es cotidiano. Todos los días ves algo distinto en el bachi [bachillerato popular], no sabés con qué te vas a encontrar (Carla, 24 años).

Al indagar sobre los sentidos atribuidos a la charla, el diálogo, las y los jóvenes lo definen como “la posibilidad de ponerse en el lugar del otro” y de “respetar las diferencias”, contraponiéndolo a la “discriminación hacia el otro” que para ellos era una de las principales expresiones y/o generadores de violencias en sus vidas cotidianas. Dicha categoría se encuentra en la base de las experiencias y propuestas pedagógicas de Paulo Freire (1997), para quién el diálogo es la posibilidad del encuentro entre los sujetos, que tiene la potencialidad de desnaturalizar y transformar –no sólo desde los discursos sino también desde las prácticas concretas– los valores, normas, símbolos e identidades congelados y reproducidos por las instituciones educativas, tanto en la conciencia como en los cuerpos de los sujetos.

De esta manera, en torno a experiencias y espacios de diálogo como los relatados por Carla, Fatu, Juan o Mariana, se conforma un tipo de clima social *ético-subjetivante* que, aunque también está presente en escuelas secundarias públicas, ocupa una posición fragmentada y subordinada con respecto a los otros dos tipos de climas sociales citados más arriba (*desubjetivante* e *integracionista-normativo*) (Di Leo, 2009b). En dichos espacios institucionales se abren nuevas posibilidades para el despliegue de las dialécticas del reconocimiento, sus procesos de subjetivación a partir de vínculos democráticos, no violentos ni discriminatorios (Kriger y Said, 2015). A su vez, desde esta dialéctica entre el sí mismo y el otro, surge la posibilidad de una resignificación-recuperación de las experiencias juveniles, poniendo en su centro a la alteridad (Larrosa, 2009).

Como desarrollamos en torno a las categorías que presentamos más adelante, en estas comunidades institucionalizadas de hablantes, las y los jóvenes construyen narrativamente sus identidades personales y conforman su yo en interacción con otros sujetos (Bajtín, 1999). Como sintetiza Charles Taylor (2006), sólo puedo ser un yo en relación con interlocutores, compañeras y compañeros de conversación que fueron o son esenciales para la construcción de mi autodefinición. Es decir, el yo sólo existe dentro de una urdimbre de interlocución, en un diálogo permanente con el lenguaje y las visiones de los demás. En términos de Paul Ricoeur (1996), la *identidad-ídem* del individuo –seguridad ontológica, continuidad existencial– se conforma en una permanente dialéctica con la *identidad-ipse* –dimensión intersubjetiva, social, apertura narrativa hacia los otros.

Acá podés ser la persona que realmente sos

Como empezamos a desarrollar en torno a la categoría anterior, en los relatos de Carla, Mariana, Tincho (18 años), Juan (21 años) o Bautista (15 años) se presentan como desencadenantes o motores en la formación de sus identidades personales, diversos espacios y tiempos de encuentro, convivencia, trabajo con otros jóvenes y adultos en los que se sienten escuchados y tratados como personas (“no como un número más”). Estos espacios propician la construcción de relaciones de “confianza”.

Creo que en un ámbito educativo como la escuela, tenés un profesor que te da una materia y que te evalúa tu inteligencia con esa materia, con lo que vos rendís, esos 40 minutos te evalúa y te dice “bueno sos un 7, vos son un 8”. En cambio un profesor que tenés toda la tarde, que lo conocés hace años y tenés mucha más confianza, tenés mucho tiempo con esa persona y esa persona conoce lo que a vos te sale y conoce lo que te puede llegar a salir. Entonces no te dice: “vos sos un roll”¹², te dice “vos podés hacer un roll” (...). Acá podés ser la persona que realmente sos sin estar con la cabeza en otro lado, estás en el lugar (Mariana).

Según Niklas Luhmann (1996), la *confianza* en sí mismo, las instituciones y los otros constituye una dimensión fundamental en los procesos de construcción de la identidad personal. Permite a los agentes construir su *seguridad ontológica*, es decir, su *ser-en-el-mundo*, sin el cual les sería imposible actuar y habitar el mismo universo social con otros seres humanos (Giddens, 1991). Se desarrolla en conjunción con la formación de un *sentido interno de confiabilidad*, que provee posteriormente una base para una *auto-identidad estable*. En los relatos juveniles las relaciones de confianza se presentan como experiencias extraordinarias de apropiación subjetiva del sí mismo, los otros y del entorno institucional que habilitan posibilidades para sus acciones y proyecciones.

Los pibes de acá... yo siento que veo la ayuda en que los hace sentir a todos capaces. Porque todos somos capaces de poder hacer algo, tal vez hay pibes que vienen con la idea de terminar el secundario y listo. Pero se dan cuenta que sirven para muchas cosas y les interesa eso. Como que les

12. Aquí Mariana hace referencia a uno de los ejercicios circenses que practica en la organización cultural de la CABA.

hace *clic* la cabeza. “Yo puedo servir para esto” o “yo creo que soy bueno en esto” o “a mí me interesa esto”. Yo creo que es fundamental cómo el bachi [bachillerato popular] trabaja con los chicos, porque yo siento que es algo de ellos (Carla).

En estas experiencias emerge una concepción de la *agencia* y la *autonomía* del yo basadas en los vínculos con los otros. Retomando la propuesta de José Enrique Ema López (2004), podemos comprender la agencia a partir de la vinculación dialéctica entre lo individual y lo social: no es una mera propiedad individual, sino una posibilidad –poder hacer– compartida, habilitando a concepciones relacionales y abiertas del poder y las identidades. La acción emerge así como mediación entre flujos de acciones. En fin, la agencia se manifiesta como potencialidad siempre abierta de (re)crear, transformar conexiones, relaciones entre entidades heterogéneas, rompiendo con el dualismo entre estructura y sujeto, individuo y sociedad. El yo no existe como una esencia independiente sino como un producto de las instituciones y, al mismo tiempo, hace posible su transformación: está constituido por la sociedad a la que, simultáneamente, da materialidad e historicidad, participando en su permanente recreación. Por ende, la *autonomía* y la *heteronomía* no son estados puros ni excluyentes, sino que deben comprenderse como un continuo proceso, en permanente tensión, presente en toda construcción identitaria y en toda acción (Castoriadis, 1997).

Al narrar sus experiencias institucionales, las y los jóvenes señalan diversos acontecimientos significativos que marcaron un antes y un después, un giro biográfico, en el que se modificaron sus sentidos y sus prácticas en torno a sí mismos, los otros y las instituciones. Como se refleja en el relato que citamos en el Capítulo 2, fruto de su participación en el bachillerato popular, Carla pudo llevar adelante una separación con una pareja que limitaba sus posibilidades de autonomía, de agencia, de actuar de otra manera. En dicho espacio intersubjetivo pudo reconstruir su identidad, la estima de sí misma como mujer y redefinir sus proyectos y sueños, tendiendo a lo que para ella es la *vida buena*:

(...) la *vida buena* es, para cada uno, la nebulosa de ideales y de sueños de realización respecto a la cual una vida es considerada como más o menos realizada o como no realizada. Es el plano del tiempo perdido y del tiempo recobrado (Ricoeur, 1996: 184-185).

Taylor (2006) señala que los *marcos referenciales* son constitutivos de las identidades individuales. Ante la pregunta “¿quién soy yo?”, solemos responder mencionando aquello que es importante para nosotras y nosotros, lo que da sentido a nuestras vidas. El yo se va definiendo en distintos momentos de su vida en relación a los compromisos e identificaciones que le van proporcionando el lenguaje, el marco y el horizonte desde los cuales establece, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que vale la pena vivir, lo que hay que hacer, aquello que defiende o a lo que se opone. En síntesis, los marcos referenciales son los supuestos de fondo y los contextos en relación a los cuales el yo puede tomar una postura, identificarse, actuar y formular juicios morales.

Como fuimos presentando en los relatos citados y continuamos profundizando en la próxima sección, las y los jóvenes van (re) definiendo lo que es importante para ellas y ellos, lo que vale la pena hacer y vivir, la vida buena, no de manera solipsista o aislada, sino a partir de diversas experiencias, acontecimientos significativos donde los otros y las instituciones ocupan un lugar central. Estos marcos referenciales y orientaciones morales no necesariamente se excluyen entre sí y suelen combinarse a lo largo de las vidas de los individuos. Lo importante es que se articulen con la comprensión que tengo de mi vida como una historia, una *narrativa* que se despliega en contextos institucionales, colectivos, políticos, en espacios privados y públicos atravesados por conflictos, disputas y negociaciones en torno a los sentidos de lo individual y lo social (Arfuch, 2010; Meccia, 2016).

Transformar nuestra realidad colectivamente

En narrativas del yo como las de Carla, Alberto, Fatu, Bautista y Mariana se presenta a la ayuda, la escucha, el trabajo con y para los otros como marcos referenciales altamente valorados, en relación a los cuales (re) definen sus orientaciones morales, sus proyecciones hacia la vida buena, lo que vale la pena hacer y vivir hacia el futuro.

Fatu (F): Igual, cuando termine acá [en el bachillerato popular] voy a seguir viniendo, no me voy a ir...

Entrevistadora: ¿Por qué decís así?

F: Porque me gusta, voy a venir a ayudar a los compañeros que están empezando este año, ayudar a los docentes. Teníamos un compañero que

terminó el año pasado que vino a ayudar a la profesora de matemática. Como le gusta matemática, la ayudaba, y yo también puedo venir a ayudar a alguien, no sé... a cualquiera.

Entonces está mucho eso del compromiso de ayudar a la otra persona de saber que la otra persona no puede hacer sus cosas si vos no estás, o vos no podés hacerlo si la otra persona no está. Entonces creo que eso es uno de los valores que más me quedó, de trabajar en equipo y de ser responsable de cada una de las cosas (Mariana).

En estas narrativas de (re) orientación moral y ética se articulan el *cuidado del sí* y el *cuidado del otro* en un sentido muy cercano al analizado por Michel Foucault (1996) en torno a la categoría de *parresía* (retomada de la antigüedad griega clásica):

Parresía etimológicamente significa decirlo todo. La *parresía* lo dice todo; no obstante, no significa exactamente decirlo todo, sino más bien la franqueza, la libertad, la apertura que hacen que se diga lo que hay que decir, cómo se quiere decir y bajo la forma que se considera necesaria (...) Decir lo que se piensa, pensar lo que se dice, hacer que el lenguaje se corresponda con la conducta; esta promesa, esta especie de compromiso, están en la base de la *parresía* (Foucault, 1996: 88-89).

A partir de este compromiso, este acto de confianza, esta promesa, esta escucha, esta búsqueda de sintetizar lenguaje y conducta, surge un modo de subjetivación, una forma de relación del sujeto consigo mismo, que pone en el centro a la alteridad. La *parresía* permite hacer coincidir nuestros pensamientos con nuestras prácticas pero solo en la medida en que es acción sobre sí junto con otros (Raffin, 2015).

Tal como lo formulan las y los jóvenes al narrar sus experiencias institucionales, la construcción y transformación del yo sólo se hace posible a partir de un simultáneo trabajo con y sobre los otros. El cuidado de sí es, al mismo tiempo, cuidado de los otros. Los marcos referenciales que permiten la reconstrucción y reorientación moral del individuo funcionan simultáneamente como orientadores éticos de un personaje-colectivo que le suministra un soporte subjetivo fundamental.

Las y los jóvenes destacan en sus experiencias institucionales aquellos momentos y espacios en los que pueden debatir, reflexionar, planifi-

car y concretar diversos proyectos para transformar colectivamente sus realidades.

Las actividades que más me gustan acá es cuando hacemos reuniones, la asamblea me gusta que tenemos los lunes. Más me gusta la asamblea porque podemos debatir todo, todo lo que está mal, lo que falta en el bachi [bachillerato popular] y que tenemos que hacer en toda una semana, como las reuniones que hacemos acá, en el barrio, que siempre participa el bachi. Y me siento escuchada y me gusta porque la asamblea es donde tenés más información de todo lo que va a pasar en esta semana, aunque, ponele, vos no... Hay una reunión en el barrio y vos no sabés y en la asamblea te lo dicen, y es como que estás más informada de todo, de todo el barrio (Fatu).

Estas asambleas funcionan como *espacios públicos* que, según la conceptualización de Hannah Arendt (1993), son los ámbitos privilegiados para el ejercicio de la *libertad* de los sujetos —que requiere la visibilidad por y con el otro—, ya que constituyen el territorio privilegiado de producción simultánea de intersubjetividades y singularidades:

(...) es un espacio entre los hombres, que puede surgir en cualquier lugar, no existiendo un *locus* privilegiado. Es el espacio en el que los sujetos se vinculan a través de los discursos y de las acciones: actuar es comenzar, crear algo nuevo (Ortega, 2000: 23).

En este espacio, a partir del diálogo y el intercambio de experiencias con otros, se abren nuevas posibilidades para articular los valores y las prácticas individuales con las normas y exigencias genérico-sociales. Como analiza Ágnes Heller (2017), estos espacios intersubjetivos posibilitan el diálogo, la vinculación entre las dos perspectivas constitutivas de la identidad personal en las sociedades modernas: la *interna* —centrada en nuestra memoria autobiográfica personal— y la *externa*, basada en nuestros encuentros pasados con otras personas. Sólo a partir del interjuego mediado institucionalmente entre estas dos perspectivas se hace posible la transformación del *particular* —encerrado en la pura reproducción inmediata de sus condiciones de vida, sin poder establecer una distancia crítica con respecto a ellas— en *individuo*. Este último, a partir del despliegue de los niveles de su ser ético, estético, filosófico y, fundamentalmente, político, tiene la posibilidad de reconocerse como ser genérico, estableciendo una relación creativa con su vida, la de los

demás y su entorno social. Mediante estos dos tipos ideales (que son construcciones analíticas que no se encuentran de manera pura en la realidad) —el *particular* y el *individuo*—, Heller (1994) analiza la tensión presente en el sujeto moderno entre la reproducción de un mundo naturalizado, inmutable, y sus potencialidades para desnaturalizarlo y recrearlo críticamente.

Alberto (21 años) sintetiza en el posible título de un libro colectivo, “Orgullo de rubí”, la fortaleza del *nosotros*, de la identidad colectiva construida con docentes y otros jóvenes en el bachillerato popular que se sigue sosteniendo pese a haber sufrido un incendio que destruyó por completo sus instalaciones:

Alberto (A): Ahora estamos haciendo como un libro, con la profesora de Lengua. Y estamos todos, todos, desesperados para hacer el libro...

Entrevistadora: ¿Qué vas a escribir vos?

A: Quiero proponer sobre la igualdad, contando cómo yo llegué al bachi [bachillerato popular], cómo me enteré por el amigo de mi hermano. Y que estuve sin estudiar, estuve trabajando hasta que él me dijo para anotarme. Le dije, “bueno, dale” le digo, “sí, voy a estudiar” le dije. Al libro le pusimos en la tapa: “Orgullo de rubí”. Porque es fuerte, indestructible. El rubí representa a los profesores que están acá y orgullo es nosotros por seguir y estar estudiando. Entonces el rubí representa...por más que se prenda fuego el colegio, nosotros seguiremos siendo duros, estamos duros como el rubí y eso nos une. Empezamos también así a dibujarle una mano para que sea una mujer que agarra un rubí, para tener igualdad.

En experiencias institucionales como las narradas por Alberto y Carla, se despliegan las agencias y el poder a partir de la voluntad de los sujetos de vivir, trabajar y actuar orgullosamente en un espacio público, un espacio de reconocimiento mutuo entre los individuos y entre éstos y la institución. Retomando las reflexiones de Dubet (2015; 2017), estos espacios habilitan nuevas posibilidades para refundar a las instituciones que trabajan con jóvenes (fundamentalmente las escuelas), creando una comunidad en la que los consensos se funden en acuerdos democráticos negociados. La ciudadanía es, ante todo, una manera de convivir. Por ende, para que las y los jóvenes puedan convertirse en ciudadanos en una sociedad democrática —que en la actual etapa de la modernidad debe ser (re) creada a partir del permanente trabajo de los actores— es necesario que puedan actuar como tales en las escuelas u otras insti-

tuciones u organizaciones sociales en las que elijan participar. En estas comunidades se crea la posibilidad, el poder, de reinventar un nosotros, el “Orgullo de rubí”, que funciona como un tercero, un mediador en los vínculos entre los individuos, creando y apropiándose colectivamente de nuevos sentidos de la igualdad, tal como proponen Alberto y los demás integrantes del bachillerato popular en su proyecto literario.

Recapitulando: narrativas del yo y cuidados juveniles

A partir del análisis de las experiencias institucionales de las y los jóvenes identificamos tres tipos de narrativas del yo que se presentan de manera combinada y en torno a las cuales configuran sus agencias, marcos referenciales y prácticas de cuidado:

a) *Narrativas de descubrimiento*: el encuentro y la decisión de sostener un vínculo con las instituciones se deben comprender en relación a sus procesos de vulnerabilidad —en sus dimensiones individuales, intersubjetivas e institucionales—; las debilidades en el acceso a soportes afectivos, simbólicos y materiales; los sentimientos de inseguridad, profundizados por su impacto en las redes de sociabilidad barrial; las ausencias, faltas de respeto, abusos de poder, injusticias y estigmatizaciones protagonizados por agentes de las pocas instituciones estatales con las que se relacionan durante sus vidas: escuela, fuerzas de seguridad, poder judicial. Frente a estas vulnerabilidades, los encuentros con instituciones, organizaciones y referentes sociales que habilitan distintos tipos de soportes son significados como descubrimientos de refugios subjetivos donde encuentran espacios de diálogo, se sienten reconocidos y se apropian de repertorios de acción con los cuales pueden construir vínculos no violentos.

b) *Narrativas de reorientación moral*: a partir de relaciones de confianza, compromisos e identificaciones con los otros en estas instituciones, las y los jóvenes construyen sus seguridades ontológicas, sus autoconfianzas, sus autoidentidades estables y sus agencias. En torno a diversos acontecimientos biográficos vinculados a experiencias institucionales, redefinen narrativamente los marcos referenciales que orientan al yo, aquello que, para ellas y ellos, vale la pena hacer, la vida buena.

c) *Narrativas de transformación comunitaria*: en estos espacios públicos institucionalizados las y los jóvenes construyen sus identidades personales a partir del diálogo entre sus perspectivas internas y externas, subjetivas e intersubjetivas. De esta manera, a partir de la apertura de su ser ético, estético y político pueden conformarse como individuos, reconocerse como seres genéricos, ciudadanos plenos, y establecer una relación creativa con sí mismos, los otros, con su sociedad. Emergen así concepciones del poder y la agencia basadas en el vivir y actuar en común, como potencialidad de crear un nosotros, una comunidad, con la que pueden transformar sus realidades, recreando nuevas formas de igualdad. Aquí adquiere centralidad como marco referencial la *parresía*, que sintetiza el cuidado de sí y de los otros, la moral y la ética, a partir de la escucha, la ayuda y el acompañamiento de otras personas con experiencias o problemáticas similares a las vividas por ellas y ellos.

Conclusiones

Los análisis en torno a las experiencias de cuidado de las y los jóvenes que plasmamos en este libro pueden suministrar insumos para superar la comprensión de las juventudes como un mero estadio vital, una etapa en transición, así como las visiones que negativizan sus identidades y prácticas. Nos distanciamos así de aquellas concepciones que asocian la condición juvenil a los riesgos y a las vulnerabilidades desde miradas sustancialistas y unidimensionales. A partir de nuestro recorrido, nos aproximamos a los procesos de constitución de las y los jóvenes como sujetos de cuidado en torno a tres grandes escenarios donde escriben sus biografías: los espacios de sociabilidad nocturna, los vínculos afectivos y las instituciones que propician el ejercicio de sus derechos.

En sus experiencias recreativas nocturnas las y los jóvenes despliegan sus prácticas de cuidado en una tensión permanente con el imperativo del disfrute. En la actualidad, la sociabilidad nocturna, mediada por estilos musicales, estéticos y de consumo estandarizados, es una dimensión constitutiva de la condición juvenil. Frente a este desafío común, las y los jóvenes buscan singularizarse, viviendo al máximo de sus posibilidades. Aquí los grupos de amigos funcionan como un soporte subjetivo central, en cuyo marco desarrollan procesos de expertización orientados a prevenir o mitigar las consecuencias negativas asociadas a los consumos de drogas legales e ilegalizadas. Estas prácticas de cuidado no se restringen al trabajo sobre uno mismo, sino que se articulan con la responsabilización respecto del bienestar de los otros. De esta manera, las y los jóvenes se constituyen como sujetos de cuidado a partir de un creativo ejercicio en el que buscan compatibilizar escenarios y prácticas que revisten riesgos –que van reconociendo a partir de sus procesos de expertización– con el máximo despliegue de sus posibilidades individuales y colectivas de disfrute.

En el escenario de los vínculos afectivos, encontramos que las decisiones de las y los jóvenes de formar una pareja nos hablan de una búsqueda de realización personal en torno a marcos referenciales que dan sentido a sus biografías. Estas búsquedas son maneras singularizadas de afrontar un desafío común de nuestra sociedad —la prueba de pareja—, que se presenta con particular intensidad en las jóvenes en barrios populares. Para ellas, la formación de pareja está fuertemente condicionada por un imperativo heteronormativo y patriarcal que las expone muchas veces a relaciones asimétricas, con diferenciales de autonomía respecto a los varones y una desigual distribución de las tareas domésticas y de cuidado familiar. Simultáneamente, a partir de instancias de reflexividad y de cuidado de sí mismas —en ciertos casos, mediadas por su participación en algunas instituciones y organizaciones— las jóvenes pueden objetivar y tomar distancia de dichos mandatos. Pueden posicionarse, así, en el centro de sus procesos de subjetivación, (re)orientando sus biografías y generando nuevos sentidos y posibilidades para autoafirmarse.

En los escenarios de instituciones y organizaciones sociales que propician el ejercicio de derechos, las y los jóvenes descubren y deciden participar en espacios dialógicos y de confianza que se contraponen a otras experiencias institucionales y barriales. Frente a un mundo social y vincular atravesado por distintas formas de violencia, discriminación, negación del reconocimiento e invisibilización social, encuentran en estos ámbitos nuevas posibilidades de individualizarse utilizando diversos soportes afectivos, materiales y simbólicos. Las y los jóvenes se constituyen de este modo como sujetos de cuidado, a partir del diálogo entre las perspectivas internas y externas, subjetivas e intersubjetivas, de sus identidades, redefiniendo lo que para ellas y ellos es la vida buena. En ciertos casos, estos procesos de expansión de sus agencias y potencialidades individuales y colectivas se orientan simultáneamente hacia el cuidado de sí y de los otros.

Finalmente, en todos estos escenarios y experiencias juveniles identificamos tensiones entre, por un lado, los discursos adultocéntricos, las normas institucionales, los valores morales, los saberes expertos —que muchas veces generan violencias o vulnerabilidades— y, por otro lado, las búsquedas y demandas juveniles por ser reconocidos como seres singulares. Consideramos que la visibilización de estas experiencias contribuye a la desnaturalización de los discursos que no reconocen a

las y los jóvenes como sujetos de cuidado. Por ello, esperamos que este libro pueda aportar a la reflexión y a la generación de intervenciones y políticas educativas, de salud y culturales que busquen mejorar el acceso y el ejercicio de derechos de las y los jóvenes en el contexto actual de nuestra sociedad.

Bibliografía

- Albuquerque, R.A. *et al.* (2013). Rede social de apoio ao usuário de crack: configuração, potencialidades e limites. En M.S.B Jorge, L.A.B. Trad, P.H. Dias Quinderé y L.L. de Lima (Orgs.), *Olhares plurais sobre o fenômeno do crack* (pp. 311-339). Fortaleza: EDUECE.
- Amuchástegui Herrera, A., y Rivas Zivy, M. (2004). Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales: notas para la discusión. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 57, 543-597.
- Araujo, K., y Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos: neoliberalismo, democracia y lazo social*. Santiago de Chile: LOM.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Assy, B. (2012). Invisibilidade social, reconhecimento e direito a saúde. En R. Pinheiro, R. Silveira, J. Lofego y A. Gomes Da Silva Junior (Orgs.), *Integralidade sem fronteiras: itinerários de justiça, formativos e de gestão na busca por cuidado* (pp. 27-40). Rio de Janeiro: CEPSC, IMS/UERJ, ABRASCO.
- Auyero, J. y Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz.
- Ayres, J. R. C. M. (2011). O Cuidado e o espaço público da saúde: virtude, vontade e reconhecimento na construção política da integralidade. En R. Pinheiro y A. Gomes Da Silva Junior (Orgs.), *Cidadania no cuidado. O universal e o comum na integralidade das ações de saúde* (pp. 27-44). Rio de Janeiro: CEPSC, IMS/UERJ, ABRASCO.
- Ayres, J. R. C. M., Calazans, G. J., y Saletti Filho, H. C. (2003). Adolescência e vulnerabilidade ao HIV/aids: avaliação de uma estratégia de prevenção entre escolares de baixa renda na cidade de São Paulo. *Divulgação em Saúde para Debate*, (29), 93-114.

- Ayres, J. R. C. M., França Júnior, I., Junqueira Calazans, G. y Saletti Filho, C. (2008). El concepto de vulnerabilidad y las prácticas de salud: nuevas perspectivas y desafíos. En D. Czeresnia y C. Machado de Freitas (Orgs.), *Promoción de la salud. Conceptos, reflexiones y tendencias* (pp.135-162). Buenos Aires: Lugar.
- Ayres, J. R. C. M., Paiva, V. y Buchalla, C. M. (2012). Direitos humanos e vulnerabilidade na prevenção e promoção de saúde: uma introdução. En V. Paiva, J. R. C. M. Ayres y C. M. Buchalla (Coords.), *Vulnerabilidade e direitos humanos. Prevenção e promoção de saúde* (pp.9-22). Livro 1. Curitiba: Juruá Editora.
- Baez, J. y González del Cerro, C. (2015). Políticas de Educación Sexual: tendencias y desafíos en el contexto latinoamericano. *Revista del IICE*, 38, 7-24.
- Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.
- Camarotti, A.C. (2010). *Prácticas, discursos y nuevos espacios de sociabilidad en torno al consumo de éxtasis de jóvenes de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires*. (Tesis de doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Camarotti, A.C. (2014). Individualmente juntos. Tensiones en las identidades juveniles en torno al consumo de éxtasis y la cultura dance. *Apuntes de investigación del CECYP*, 24, 81-117.
- Camarotti, A. C. (2015). Experiencias comunitarias de cuidado y diversión en circuitos de música electrónica. En P. F. Di Leo y A. C. Camarotti (Eds.), *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual* (pp. 143-170). Buenos Aires: Teseo.
- Camarotti, A.C y Güelman, M. (2013). Tensiones en los sentidos y experiencias juveniles en torno a los consumos de drogas. *Salud Mental y Comunidad*, 3, 69-78.
- Candil, A.L. (2016). Una lectura antropológica sobre las sobredosis y los cortes en la piel. *Physis. Revista de Saúde Coletiva*, 26 (2), 549-568.
- Castoriadis, C. (1997). Poder, política, autonomía. En *Un mundo fragmentado* (pp.87-114). La Plata: Altamira.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Chaves, M., Fuentes, S. G. y Vecino, L. (2016). *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

- Corte Suprema de Justicia de la Nación (2014). *Homicidios dolosos 2013*. Buenos Aires: Autor.
- Cravino, M. C. (2009). *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Delor, F. y Hubert, M. (2000). Revisiting the concept of “vulnerability”. *Social Science y Medicine*, 50, 1557-1570.
- Di Leo, P. F. (2008). *Subjetivación, violencias y climas sociales escolares. Un análisis de sus vinculaciones con experiencias de promoción de la salud en escuelas secundarias públicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. (Tesis de doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Di Leo, P. F. (2009a). La promoción de la salud como política de subjetividad: constitución, límites y potencialidades de su institucionalización en las escuelas. *Salud Colectiva*, 5 (3), 377-389.
- Di Leo, P. F. (2009b). Experiencias juveniles de confianza, reconocimiento y transformación en escuelas medias. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, 31, 67-100.
- Di Leo, P. F. (2010). Tensiones en las experiencias escolares de jóvenes entre la lucha por el reconocimiento y la confianza instituyente. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 56 (3), 183-191.
- Di Leo, P. F. (2013). Procesos de vulnerabilidad e invisibilidad social: experiencias biográficas de jóvenes en torno a las violencias en barrios populares de Buenos Aires. En R. Pinheiro, J. Strubing Müller Neto, F. A. Ticianel, M. A. dos Santos Spinelli y A. Gomes da Silva Jr. (Orgs.), *Construção Social da Demanda por Cuidado. Revistando o direito à saúde, o trabalho em equipe, os espaços públicos e a participação* (pp. 67-79). Rio de Janeiro: CEPESC, IMS-UERJ, ABRASCO.
- Di Leo, P. F. y Camarotti, A. C. (Eds.) (2013). *“Quiero escribir mi historia”. Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.
- Di Leo, P. F. y Camarotti, A. C. (Dir.) (2015). *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual*. Buenos Aires: Teseo.
- Di Leo, P. F. y Pinheiro, R. (2017). Vulnerabilidades y reconocimiento: abordaje biográfico de los vínculos entre jóvenes y violencias en barrios marginalizados de Buenos Aires, Argentina. *Cadernos de Saúde Pública*, 33 (4), 1-11.
- Dubet, F. (2006). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Dubet, F. (2013). *El trabajo de las sociedades*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Dubet, F. (2017). *Lo que nos une. Cómo vivir juntos a partir de un reconocimiento positivo de la diferencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Elizalde, S. (2015). *Tiempo de chicas: identidad, cultura y poder*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, CLACSO.
- Ema López, J. E. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital*, 5, 1-42.
- Epele, M. (2007). La lógica de la sospecha. Sobre criminalización del uso de drogas, complotos y barreras de acceso al sistema de salud. *Cuadernos de Antropología Social*, 25, 151-168.
- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1996). *Hermenéutica del sujeto*. La Plata: Altamira.
- Foucault, M. (2012). *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freidin, B. (Coord.) (2017). *Cuidar la salud. Mandatos culturales y prácticas cotidianas de la clase media en Buenos Aires*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.
- Gentile, M. F. (2016). *Biografías callejeras. Cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Oxford: Polity.
- Giddens, A. (1992). *The transformation of intimacy : sexuality, love, and eroticism in modern societies*. Stanford: Stanford University Press.
- Gogna, M. (2005). *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires: CEDES, CLAM.
- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo Barrial: estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Heidegger, M. (1977). *Ser y Tiempo*. México D.F: FCE.
- Heller, A. (1994) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Heller, A. (2011). On de the concept of “care”. En R. Pinheiro y A. Gomes da Silva Junior (Orgs.), *Cidadania no cuidado. O universal e o comun na integralidade das ações de saúde* (pp. 13-23). Rio de Janeiro: CEPESC, IMS/ UERJ, ABRASCO.
- Heller, A. (2017). Reflections on Ethics and the dynamics of personal identity. En R. Pinheiro, T. Gerhardt y F. D. Asensi (Orgs.), *Vulnerabilidades e Resistências na Integralidade do Cuidado: pluralidades multicêntricas de ações, pensamentos e a (re) forma do conhecimento* (pp.17-26). Rio de Janeiro: CEPESC, IMS/ UERJ, ABRASCO.

- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.
- Jones, D., Figari, C. y Barrón López, S. (Coords.) (2012). *La producción de la sexualidad. Políticas y regulaciones sexuales en Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Jorge, M. S. B. *et al.* (2013). Rede assistencial aos usuários de crack. En M.S.B. Jorge, L.A.B. Trad, P.H. Dias Quinderé y L.L. de Lima (Orgs.), *Olhares plurais sobre o fenômeno do crack* (pp. 105-133). Fortaleza: EDUECE.
- Kessler, G. (2002). *La experiencia escolar fragmentada. Estudiantes y docentes en la escuela media en Buenos Aires*. Buenos Aires: IPE, UNESCO.
- Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: FCE.
- Kessler G. y Dimarco, S. (2013). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto*, 22 (2), 221-243.
- Kornblit, A. L. y Sustas, S. E. (Eds.) (2014). *La sexualidad va a la escuela*. Buenos Aires: Biblos.
- Kruger, M. y Said, S. (julio, 2015). Subjetivación política juvenil en Bachilleratos Populares: representaciones de estudiantes jóvenes sobre la política y el Estado. En *XI Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Larrosa, J. (2009). Experiencia y alteridad en educación. En C. Skliar y J. Larrosa (Comps.), *Experiencia y alteridad en educación* (pp.13-44). Rosario: Homo Sapiens.
- Leclerc-Olive, Michèle (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 8, 1-39.
- Luhmann, N. (1996). *Confianza*. México: Anthropos.
- Martuccelli, D. (2006). Forgé par l' épreuve. L' individu dans la France contemporaine. Paris: Armand Colin.
- Martuccelli, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.
- Meccia, E. (2016). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Buenos Aires: EUDEBA-Ediciones UNL.
- Mendes Diz, A. M., Di Leo, P.F., Schwarz, P., Adaszko, D. y Camarotti, A.C. (2010). *Usos del tiempo, violencias, consumo de drogas y sexualidad en jóvenes en espacios recreativos nocturnos en tres ciudades argentinas*. Documento de trabajo N° 55. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

- Menéndez, E. L. (2003). Modelos de atención de los padecimientos: de exclusiones teóricas y articulaciones prácticas. *Ciencia y Saúde Coletiva*, 8(1), 185-207.
- Morgade, G. (2011). *Toda educación es sexual*. Buenos Aires: La Crujía.
- Núñez, P. y Litichever, L. (2015). *Radiografías de la experiencia escolar. Ser joven(es) en la escuela*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Ortega, F. (2000). *Para uma política da amizade: Arendt, Derrida e Foucault*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Paiva, V. et al. (2011). A sexualidade de adolescentes vivendo com HIV: direitos e desafios para o cuidado. *Ciência e Saúde Coletiva*, 16(10), 4199-4209.
- Paulín, H. L. (2015). "Ganarse el respeto": un análisis de los conflictos de la sociabilidad juvenil en la escuela secundaria. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 20(67), 1105-1130.
- Pinheiro, R. (2007). Cuidado como um valor: um ensaio sobre o (re) pensar a ação na construção de práticas eficazes de integralidade em saúde. En R. Pinheiro y R. A. Mattos (Orgs.), *Razões públicas para a integralidade em saúde: o cuidado como valor* (pp. 15-28). Rio de Janeiro: CEPESC, IMS/ UERJ, ABRASCO.
- Plotkin P. (2004). El enigma del éxtasis. *Rolling Stone*. Recuperado de: <http://goo.gl/1tyfa6> Fecha de consulta: 27/11/2017
- Raffin, M. (2015). El cuidado como práctica política y socio-cultural. *Argumentos: revista de crítica social*, 17, 1-40.
- Ramírez, R. (2015). ¿Sucios, feos y malos? Experiencias de jóvenes en tratamientos por consumo de pasta base/paco. En P. F. Di Leo y A. C. Camarotti (Eds.), *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual* (pp. 173-201). Buenos Aires: Teseo.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Sánchez Antelo, V. I. M. (2015). *Habitus flexible y modos de subjetivación temporal: análisis sobre los sentidos y las prácticas de los poli-consumidores de drogas*. (Tesis de doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Sánchez Antelo, V. I. M. y Mendes Diz, A. M. (2015). Prácticas y sentidos de los riesgos: el autocuidado en los consumidores de drogas. *Argumentos: revista de crítica social*, 17, 357-386.
- Spinelli, H. (Comp.) (2008). *Salud colectiva. Cultura, instituciones y subjetividad. Epidemiología, gestión y políticas*. Buenos Aires: Lugar.
- Sustas, S. E. (2016). *Cambios y permanencias en torno a la sexualidad y afectividad en las mujeres y varones adolescentes escolarizados en el nivel*

- medio de Argentina (2005-2014)*. (Tesis de doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Sustas, S. E. y Touris, M. C. (2013). Refugios afectivos: el amor en los nuevos tiempos. En P. F. Di Leo y A.C. Camarotti (Eds.) (2013). *“Quiero escribir mi historia”*. *Vidas de jóvenes en barrios populares* (pp.33-50). Buenos Aires: Biblos.
- Tapia, S. A. (2015). De límites a estrategias: movilidades de jóvenes que realizan actividades artísticas y deportivas. En P. F. Di Leo y A. C. Camarotti (Eds.), *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual* (pp. 305-334). Buenos Aires: Teseo.
- Taylor, C. (2006). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Thompson, K. (2014). Pánicos morales acerca de la juventud. En *Pánicos morales* (pp. 67-82). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Tiramonti, G. (2004). *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*. Buenos Aires: Manantial.
- UNICEF (2016). Situación de salud de los y las adolescentes en la Argentina. Buenos Aires: Autor.
- Villa, A. (2007). *Cuerpo, sexualidad y socialización: intervenciones e investigaciones en salud e investigación*. Buenos Aires: NOVEDUC.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, CLACSO.

En este libro abordamos los vínculos entre las experiencias de jóvenes y los cuidados en tres grandes escenarios de sus vidas: los espacios de sociabilidad nocturna, los vínculos afectivos y las instituciones que propician el ejercicio de sus derechos y en las que eligen participar. Las y los jóvenes enfrentan en sus vidas cotidianas múltiples desafíos y despliegan diversas prácticas de cuidado y, en ese proceso, se van produciendo como sujetos ¿Cuáles son las principales pruebas sociales que enfrentan en estos escenarios? ¿Qué tipos de soportes ponen en juego frente a estos desafíos? ¿Qué concepciones e ideales en torno a sí mismos y los otros se generan en sus prácticas individuales y colectivas de cuidado? ¿En qué medida dichas prácticas reproducen o se alejan de discursos, saberes y mandatos del mundo adulto? ¿Qué formas de reconocimiento y de responsabilidad emergen de estas prácticas?

En los escenarios y en las experiencias juveniles que recorremos en el libro identificamos tensiones entre, por un lado, los discursos adultocéntricos, las normas institucionales, los valores morales, los saberes expertos –que muchas veces generan o profundizan violencias y vulnerabilidades– y, por otro lado, las búsquedas y demandas de las y los jóvenes por ser reconocidos como seres singulares. Consideramos que la visibilización de estas experiencias contribuye a la desnaturalización de los discursos que no reconocen a las y los jóvenes como sujetos de cuidado, aportando a la generación de intervenciones y políticas públicas dirigidas a mejorar el acceso y ejercicio de sus derechos.

ISBN 978-987-1309-64-1



9 789871 309641